

Boletín Oficial Eclesiástico

de la Diócesis de Orense

EXTRAORDINARIO

DEDICADO AL

Ilmo. y Rvdmo. Sr.

Dr. D. Florencio Cerviño y González

en el día de su fiesta onomástica
y con ocasión de su magno proyecto de
Reforma de la Catedral

→ FRANQUEO CONCERTADO ←

SUMARIO:

Dedicatoria.—Dos palabras de la Dirección del BOLETÍN.—Discurso de presentación por el Rvdmo. Prelado.—Conferencia del Arquitecto don Antonio Palacios.—Discurso del Ilmo. Sr. D. Marcelo Macías.—Idem del Rvdo. Sr. D. Basilio Alvarez.—Juicios de la Prensa.—D. Antonio Palacios, Canónigo honorario de la S. I. Catedral.—Voto de gracias.



NÚMERO EXTRAORDINARIO
DEL
BOLETÍN OFICIAL ECLESIASTICO DEL OBISPADO
DEDICADO AL
ILMO. Y RVDMO. SEÑOR
Dr. D. Florencio Cerviño y González
OBISPO DE ORENSE

El BOLETÍN OFICIAL ECLESIASTICO del Obispado cumple hoy un gratisimo deber y quiere en nombre del Clero, pueblo y fieles todos de la diócesis pagar una sacratísima deuda que con su insigne Prelado tiene contraída por tantos títulos.

Gratitud, gloria, honor y bendición al Prelado que consagra toda su vida, su actividad y sus desvelos, con celo insuperable, al bien espiritual y material de sus diocesanos.

¡Llor al Obispo que es asombro de bondad y sabiduría!

El BOLETÍN ECLESIASTICO se postra hoy de hinojos ante su sagrada persona, para testimoniarle otra vez más los sentimientos de respetuosa felicitación, gratitud, filial amor a su autoridad y persona, al propio tiempo que eleva sus plegarias al Cielo, para que conserve la preciosísima vida de su bondadosísimo Pastor y Padre.



EL MAGNO PROYECTO DE EMBELLECIMIENTO DE LA CATEDRAL

Según había sido anunciado oportunamente, celebróse el día 6 de octubre último, en la nave del Rosario de la S. I. Catedral, el acto grandioso de dar a conocer al pueblo orensano, que ansiosamente lo esperaba, el maravilloso proyecto de las obras que, por iniciativa de nuestro amadísimo Sr. Obispo, don Florencio Cerviño, y bajo la sabia dirección del insigne Arquitecto don Antonio Palacios, habrán de ser ejecutadas, para terminación y embellecimiento de nuestro primer templo diocesano.

La prensa local, la de la Región, de España y aún de América se ocupó largamente de este asunto, haciendo de él calurosos y merecidos elogios. Y, aunque conocido ya en líneas generales de los lectores del BOLETÍN OFICIAL del Obispado, creemos deber de justicia consagrar por entero este número a tan memorable acontecimiento, aprovechando para ello la fiesta onomástica de nuestro ilustrísimo Prelado, como homenaje al mismo, y para cumplida satisfacción de los legítimos deseos del venerable Clero parroquial, que, en cumplimiento de sus altísimos deberes ministeriales, se ha visto privado de la inmensa satisfacción de oír de labios del eminente maestro la maravillosa conferencia acerca de las obras que habrán de realizarse.

Transcribimos a continuación, y por el mismo orden con que han sido pronunciados, la conferencia y discursos, tomados en el acto taquigráficamente, e ilustramos aquélla con las reproducciones fotográficas de algunos de los motivos que el

genial artista hizo desfilas por la pantalla, añadiendo a ellas —aunque sin pedir su autorización y a riesgo de ofender la modestia de los ilustres interesados— los retratos del reverendísimo señor Obispo y de don Antonio Palacios; terminando este número con la inserción de los juicios emitidos por algunos de los diarios que han enviado corresponsales al acto, prescindiendo por nuestra parte de todo comentario, que en nosotros pudiera sonar a lisonja.

LA DIRECCIÓN.



ILMO. Y RYDMO. SR. DR. D. FLORENCIO CERVIÑO Y GONZALEZ
Obispo de Orense.



Habla el Rvdmo. Prelado

Dignísimas autoridades, excelentísimos señores, hermanos y amigos todos:

Son tan preciosos estos momentos, señores, tan únicas y singulares estas circunstancias, tan poderoso el motivo que aquí nos congrega esta noche en presencia de Dios y del mundo entero, que aún a trueque de herir la natural modestia de alguien que aquí admiro y admirareis todos seguramente, me atrevo a robaros un momento—perdonadme—nada más que un momento de esta ocasión solemne, tal vez la más alta y solemne de nuestra vida henchida de amores, de afectos y simpatías por este pueblo en que habeis nacido o habeis adoptado, para morir; un momento de esta hora codiciada y feliz que espero será de una fecha eternamente memorable en vuestros anales, y aun en los anales del arte mundial, un momento para dirigiros una súplica rogándoos que os digneis ser atentos y reflexivos, justos apreciadores de lo que vais a oír, y no de mis labios ciertamente que nada grande sabrían deciros, sino de los labios del maestro, del maestro insigne, del maestro de universal renombre, del maestro a quien en punto a lo que va a enseñarnos, rinden pleito homenaje de respeto y admiración sincerísima todos los sabios y técnicos en la materia:

España, señores, nuestra nación querida, es en nuestros días y ha sido siempre desde que el sol alumbra a la humanidad y ésta adquirió conciencia de sus actos, uno de los países que más ingenios han producido, ingenios que han sabido ilustrar, orientar y oprimir a la Historia con la grandiosidad de sus concepciones. Ingenios fueron que culminaron sobre todos los ingenios del mundo y brillaron como estrellas de primera magnitud en todos los ramos y esferas del saber, en todos los dominios del arte, y hasta en los supracelestes espacios de la virtud y heroísmo religioso, que cristiano tendría que ser forzosamente ya que no existe ni se concibe verdadero heroísmo en la propia aceptación de esta palabra fuera o contra la verdad y no hay verdad posible, plena y absoluta, más que en el Cristianismo visto en cualquiera de sus órdenes, etapas y períodos, conforme a estas palabras de su divino fundador y centro, Cristo Hijo de Dios

y Salvador del mundo: *Yo soy la Verdad*, decía, la verdad esencial, *el camino y la vida*. El que *no me sigue ni cree en mí en tinieblas anda y extraviado vive*.

Cabe y debe decirse esto de todas las regiones españolas; y españolas llamo a cuantas por la península ibérica se extienden, comprendidas y acariciadas todas por las frescas brisas de sus altísimas cordilleras coronadas de nieves perpetuas, que de enemigas razas y ambiciosos pueblos nos defienden, y por los resonantes besos de esas olas gigantescas, palpitaciones y resoplidos de los más grandes y bellos mares que en el mundo existen, los cuales, una vez domada su furia, tiéndese mansos sobre nuestras costas y beben las aguas de nuestros ríos y nos prodigan sus riquezas y en esas mismas costas de duro granito duermen y descansan.

Sino que de estas regiones voluntad de Dios ha sido que se destaque y como en las avanzadas figure la dulce y tierna Galicia, «la de los cielos hermosos y floridos valles y verdes colinas y rumorosas fuentes», que decía, al visitarla, el actual señor Nuncio Apostólico; «la de las almas grandes e inteligencias cumbres», la *Gallecia* de los romanos, que añoraba Plinio, cuya habla, como ella dulce y de su corazón salida, a la manera que de sus flores sale la más sabrosa miel que al paladar regala, no sólo es tierna y dulce, sino recatada, pudorosa y fecunda, fecundísima, señores, como que madre ha sido, según lo ha demostrado palpablemente el gran Menéndez Pelayo y asiente Teófilo Braga, de las dos ricas y armoniosas lenguas: castellana y portuguesa.

Cuales y cuantos hayan sido los ingenios y artistas aquí nacidos, sobre todo en las dos últimas centurias y más a partir del último tercio del siglo pasado, únicamente vosotros, vosotros los que sois sabios y eruditos lo sabeis muy bien; en cuanto a mí, es difícil y hasta imposible, ya que varios, por causas que no he de exponeros, yacen ignorados y ocultos, de manera que su número total es para mí de todo punto incalculable y nunca fijo, pues que no habrá día seguramente que algún nuevo genio no aparezca, y tal vez lo sea ese niño inquieto y vivaracho que al encuentro os sale y ora acariciais complácidos, ora rechazais desdeñosos.

Un ingenio hubo, sin embargo, que no obstante haber nacido en gallega villa sin nombre, por no decir de mal sonante nombre para un travieso astur o castellano, lejos de poder ocultarse, fué tal la pujanza de su talento, tales y tan altos los vuelos de su imaginación creadora, que no hubo obstáculo que no derribara, ni sombra que desvanecida no fuese, a menos que la convirtiera en nuevo foco de luz y hasta en incendios de gloria.

¿Qué fué, señores, qué es ni que resistencias podrá ofrecer la materia en las manos de este hombre? ¡Qué himnos y qué poemas no canta cuando la hieren o tocan los relámpagos de este ingenio portentoso! Aquí, sí, que puede decirse que «los montes se regocijan y saltan de júbilo», al ver convertidos sus bosques en parques y jardines y sus rocas y peñascales en masa docil que recibe y reproduce con gratitud todas las formas, transparencias e idealismos del espíritu. Trátase, señores, como ya lo habréis adivinado vosotros, del que por sus propios méritos ha sabido elevarse en brazos del trabajo y del estudio a la más alta cumbre de la fama, cumbre altísima y luminosísima en que no parece tener rivales; porque si mira arriba, sólo encuentra a Dios de quien recibe en cascadas de luz la inspiración y el aliento, y, si mira abajo, advierte que los mismos maestros se le declaran discípulos y piden su dirección y auxilios, para mantenerse firmes y resolver con seguridad y acierto los más arduos problemas de la mecánica o aplicar los principios y leyes que rigen e idealizan la materia. Del hombre se trata, por consiguiente, del artista y del genio que es por mil títulos, por sufragio, elección y aclamación de varones doctísimos, prez y ornamento de la celebérrima Academia de San Fernando, respetada y admirada de toda Europa, y jefe y cabeza de arquitectos y artistas que son gloria de España y de nuestra bendita raza esplendor y orgullo. Simbólico es su mismo nombre; porque nadie como él sabe transformar en soberbios *palacios* lo que sin él no serían más que raquíticas urbes y miserables viviendas; Palacio de sublimes concepciones es su cerebro, y en cuanto a su corazón, no podéis menos de echar de ver anchuras, profundidades y bellezas propias de un *palacio* eterno e indestructible por la misma mano de Dios construído y ornamentado. *Palacios* es, pues, su nombre, y hélo aquí, señores; no, lejos de nosotros, recibiendo los

aplausos y aclamaciones de naciones extranjeras, ni en pueblos, y capitales que le codician suyo y le adoran, sino aquí en medio de nosotros con su ciencia, su bondad, sus entusiasmos artísticos y su admiración e interés por Orense, dispuesto a hablarnos para contagiarnos con sus más hondos sentires y levantarnos a la altura de nuestras pasadas glorias, una de las cuales es el nunca bien amado y ponderado *Pórtico* que de la *Gloria* llaman, porque lo es de este maravilloso templo Catedral, nuestro cielo en la tierra, y testimonio perenne y elocuentísimo de la fe de nuestros padres, de aquella gran fe que nunca decía basta y subía; subía hasta perderse en Dios, y se ensanchaba, ensanchaba sin término ni medida alguna, a semejanza del mismo plano de esta obra, cuyas torres remontarían las nubes y en el desarrollo de cuya área cabrían todos los sacrificios, amores, progresos y energías de las actuales y futuras generaciones.

Va a hablar Palacios, señores y amigos míos, y yo os ruego que améis lo que él ama, que sintáis como él siente y que admiréis lo que él admira. De otra manera, si no estimáis y aun avaloráis en cuanto os sea posible, con sacrificios y todo, las joyas y maravillas que heredásteis; si el aprecio que de éstas teneis es inferior al de vuestro dinero, que os entierren entonces con ese dinero que tanto amáis y del que no tardará en separaros la muerte, pues que ya tierra y muerte es todo lo que os encanta en la vida, sin que por ninguna parte aparezca, resalte y se acredite la nativa grandeza de vuestra alma racional, nacida para el cielo, y que jamás se diga que habeis sido buenos españoles, ni cristianos, ni dignos hijos de Orense, cosa tan espantosa y horrible que no lo espero, ni imagino, ni concibo siquiera de ninguno de vosotros aquí presentes, españoles todos, cristianos y orensanos de corazón. ¡Viva Orense con su Fe y su gloriosísima Historia!



M. ILTRE. SR. D. ANTONIO PALACIOS Y RAMILO
Arquitecto Director de la Real Acadmia de Bellas Artes.



Conferencia de D. Antonio Palacios

Ilustrísimo Señor:

Autoridades y Dignidades:

¡Orensanos!

Con justa admiración oísteis de nuestro queridísimo Prelado palabras de belleza y elocuencia sumas, cantando a nuestra tierra de Galicia, su amor a la ciudad de Orense y a su insigne Catedral; pero en las que a mí me dedicó habeis confirmado en él una vez más la admirable cualidad, que si es primordial en el valer de todos los hombres, es excelsa en aquellos destinados por Dios a ser conductores de los pueblos: su grande, su santa bondad.

Esto que digo del Dr. Cerviño es de estricta justicia. Lo que él dijo de mí es producto de un involuntario engaño, engendrado en el espejismo de bondades que brotan constantemente de su magnánimo corazón.

Y precisamente, ¡qué contraste tan enorme entre los grandes méritos que él supone en mí y la íntima sincera humildad de que realmente me siento poseído en estos momentos y a pesar de lo cual me veo empujado al singular atrevimiento de alzar mi voz en este templo, por el ansia noble de ser útil a una de las ciudades que más amo de Galicia, queriéndolas a todas con máximo fervor; a la inaudita inmodestia de osar a que mi voz se alce bajo estas bóvedas sagradas, ungidadas por la Religión, sublimadas por la Historia y aureoladas espléndidamente por las excelsitudes todas de las Artes!

Así lo dictó aquella devoción mía por Orense y así lo quiso la bondad de ese Prelado, cuyo nombre, por su vida luminosa, por sus fervorosas empresas, una de ellas, la más grandiosa, la que hoy nos reúne a todos aquí, pasará a la Historia, entremezclado con los de los grandes prelados españoles: los Cisneros, los Gelmírez, los Fonseca, Tavera y Mendoza, o aquellos otros, sin buscar ejemplos fuera de la diócesis, de Quevedo o el del obispo D. Lorenzo, que a principios de la centuria décima tercera atendió al celo por su grey y a las grandes obras por él milagrosamente emprendidas, entre ellas esta maravillosa Santa Iglesia

de San Martín que ahora amorosamente nos cobija y ese Puente Mayor sobre el Miño que la copla popular parangona, para enaltecerla ante la nación entera, con el prodigio de las hirvientes Burgas y la divina imagen del Santo Cristo, incomparable, que los orensanos adoran.

* * *

No esperéis de mí, en esta disertación, un alarde de erudición histórica o arqueológica. Bien quisiera que ello fuese posible, especialmente si pudiera aportar noticias o siquiera observaciones nuevas, acerca de las particularidades, en nebulosa aun, que este glorioso templo encierra, o sobre las vicisitudes por las que su agitada historia le hizo pasar. Quisiera surgiesen de la oscuridad los nombres de los artistas, cuya gloria parece sellar sin embargo sus labios como queriendo decirles: —¡Lo hicisteis para servicio de Dios! ¡Basta! ¡Vuestros nombres no importan! No esperéis de mí este virtuosismo de arqueología, porque no soy un profesional de ella.

Por tales motivos, me he contentado con acompañarme en estos días (a fin de alentar con nuevos estímulos mis naturales entusiasmos, si ello fuere preciso) por los libros de López Ferreiro, quien nos mostró las excelsitudes del Pórtico de la Gloria; los de Sánchez Arteaga, el historiador más completo de esta Catedral; los libros y conferencias del sabio venerado don Marcelo Macías, del canónigo Marquina, de Otero Pedrayo, Risco y tantos otros.

Todos juntos, vosotros y yo, rodeando a nuestro Prelado, — unos con sus estudios, otros con sus entusiasmos, con sus obras o con sus dádivas otros—laboremos por el engrandecimiento de esta Catedral, que está un poco oculta, como recatada o humillada, pero que cuando despierte de su sueño de siglos pasará a su verdadero rango, que es el de los primeros lugares entre los más bellos e interesantes de toda España.

* * *

Antes de entrar de lleno en el tema de mi disertación: «Reformas para la reposición de la Catedral de Orense a su disposición

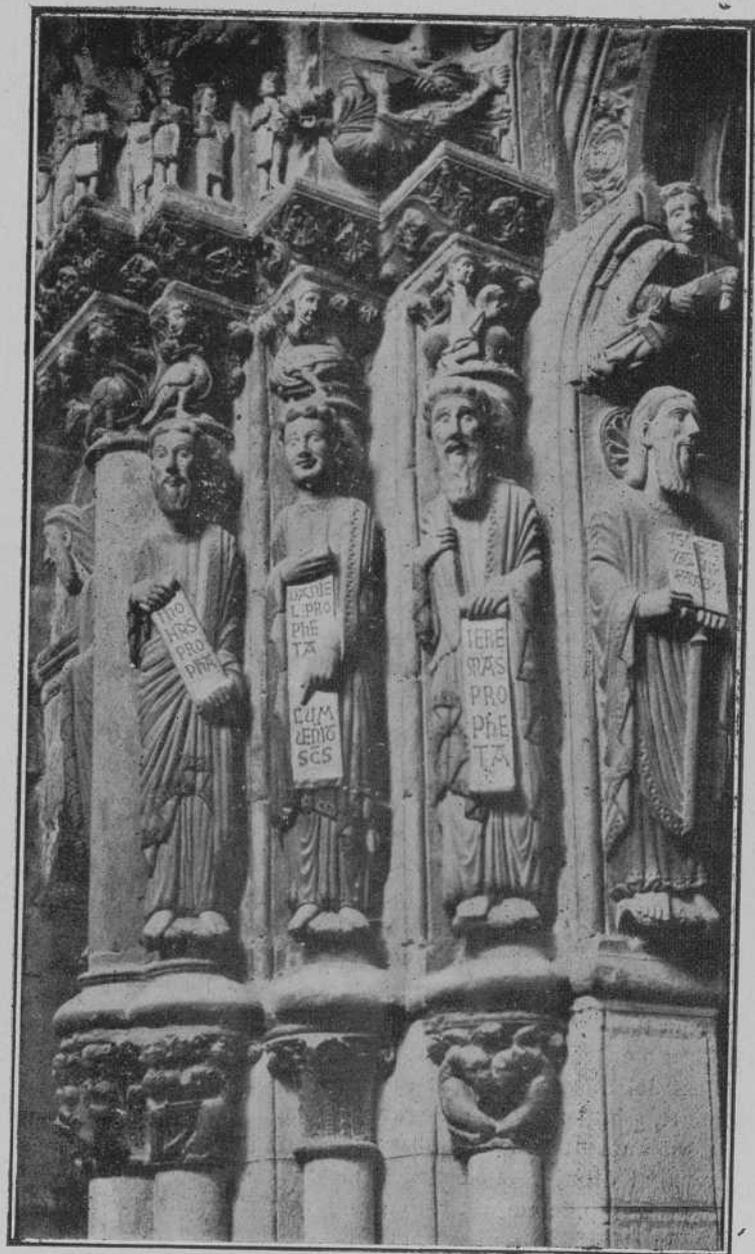


Foto n.º 1.—«... y en la sonrisa de Daniel Profeta, la piedra sonríe por primera vez en el Mundo...»

primitiva, especialmente del Pórtico del Paraíso, creación de la Plaza de los Reyes o Atrio de la Santa Iglesia ante su fachada principal, occidental, y de la escalinata de acceso a la misma», tema cuya exposición no he de demorar por encontrar en ello justificadísima vuestra impaciencia, deseo, aun frenando estos entusiasmos vuestros, exponer, siquiera sea brevemente, de que manera el arte cristiano llega a desarrollarse con entera plenitud, para llegar a la milagrosa creación del sublime Pórtico de Compostela y de su más aproximada versión, entre sus varias imitaciones, que es el Pórtico del Paraíso de Orense.

Para ello pudiéramos establecer una afirmación previa, que a muchos desilusionará, por estimarla *anticientífica*. Y es: que el arte es consustancial con el alma humana y que, por tanto, el hombre se producirá con relación a él más o menos automáticamente y aún aisladamente con muy semejantes caracteres, con absoluta independencia de las evoluciones innegables que la Historia del Arte señala. Podemos fundarnos para ello en el somero análisis de las primeras obras del hombre conocidas: las del arte rupestre. Puede afirmarse de ellas que, si son las primeras, pudieran también ser las últimas, por contener, no ya en germen, sino en plenitud de desarrollo y aun con caracteres de *decadencia* de arte *archisabio*, todas las esencias más delicadas de lo ultramoderno. En efecto; las pinturas e insculturas de la Cueva de Altamira (a la que se ha llamado «La Capilla Sixtina del Arte Rupestre») y que reproducen las imágenes de las bestias feroces, especialmente en el momento de cornear o embestir, espectáculo el más impresionante para el hombre primitivo, están tratadas en firmes contornos expresivos, modelada su estructuración orgánica, ósea y muscular, en tintas plenas de suprema técnica, acusando en su disposición la más ligera contracción o extensión de cada miembro en relación con la expresividad del movimiento que se trata de reflejar, y todo ello realizado con imponderable elegancia, con arte exquisito. Pero el asombro aumenta cuando observamos que aquellos artistas primitivos, al dibujar la expresión elástica del salto de la bestia, en el momento de embestir, bosquejaron, a la manera *impresionista*, en el mismo animal, las diversas posiciones de la testa en el movimiento de cornear, produciendo así un efecto cine-

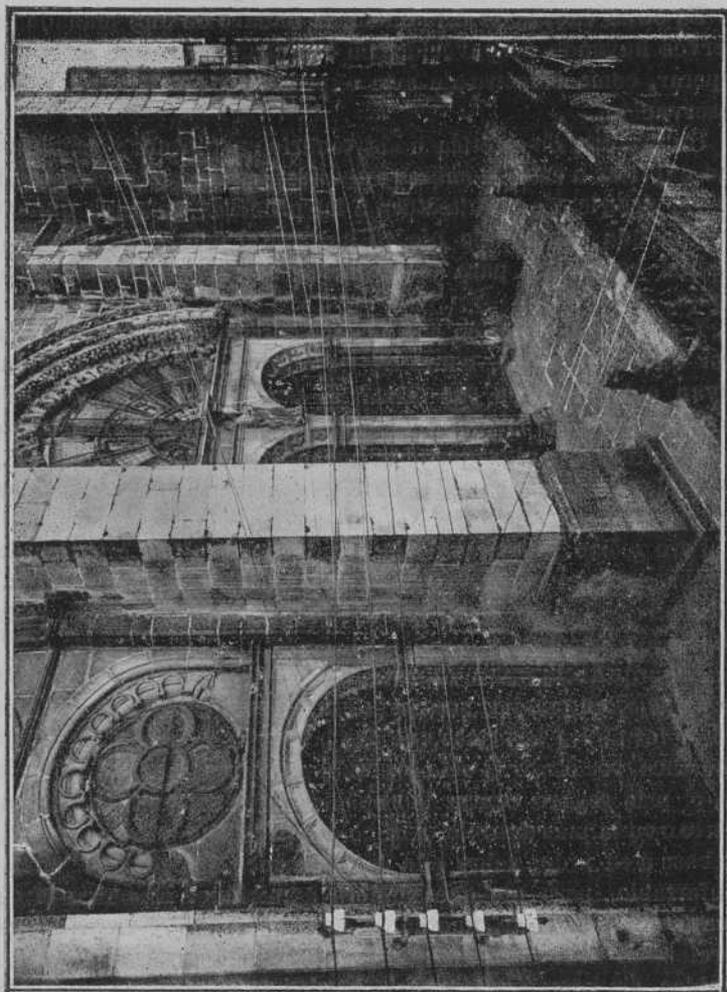


Foto n.º 2.—«...a través de los tres grandes arcos, hoy semitapiados por las obras de refuerzo, realizadas en aquella época, por el grave riesgo que la débil fachada corría...»

mático, que el más ilustre de los *avanguardistas* envidiaría.

En otras cuevas de Andalucía, el *cuadro* de una manada de ciervos huyendo despavoridos en confuso tropel, será difícil de superar, como muestra de arte expresivo y de delicada y fina observación.

Un profesor de estética nada tendría en pintura y escultura que explicar a estos hombres rupestres, como nada en esencia podría decirles de arquitectura a los primeros hombres que colocaron una formidable piedra horizontal sobre dos inmensas piedras verticales, para ofrendar un maravilloso altar a sus dioses.

Y si el Arte llegó en sus primeros pasos a su culminación ¿por qué asombrarse, entonces, de que civilizaciones aisladas hayan coincidido en sus artes? El pastor que nace y muere en una cueva de la alta montaña decora su cayado de zagal con ajedrezados, zigzagneados, meandros, grecas y otros más complejos elementos ornamentales, comunes a todas las artes sabias.

Pero ¿cómo pasarse de la primigenia aptitud artística del Hombre, ante el prodigio divino de esas almitas inferiores (permítidme que las llame así, con afectos franciscanos) de los pájaros, de los insectos...?

Yo, arquitecto, afirmo que no me produce mayor admiración un palacio, un templo, una fortaleza, que la construcción de un nido o las de los hipogeos que las hormigas fabrican. El pájaro comienza por elegir el *solar*; el mejor orientado, el más abrigado, el más seguro contra la rapacidad agena; en la rama más fuerte o en la más flexible. Allí coloca la brizna que ha de servir de base a su nido; sobre ella levanta poco a poco el resguardo confortable, pero ¡de que manera admirable! Él busca el cemento, el aglutinante, que ha de ligar todos los elementos, proporciona al nido su forma perfectamente esférica o ligeramente ovoidea, sin compás alguno; lo bordea todo perfectamente calculado en todos sus dispositivos, para resistir a la intemperie y obtenidas las resultantes de resistencia, vienen después la sanidad y el confort, revistiéndolo de líquenes impermeables al exterior y de blando plumón en su interna superficie. Y contad que cada especie de pájaros hace muy distintos sus nidos y que

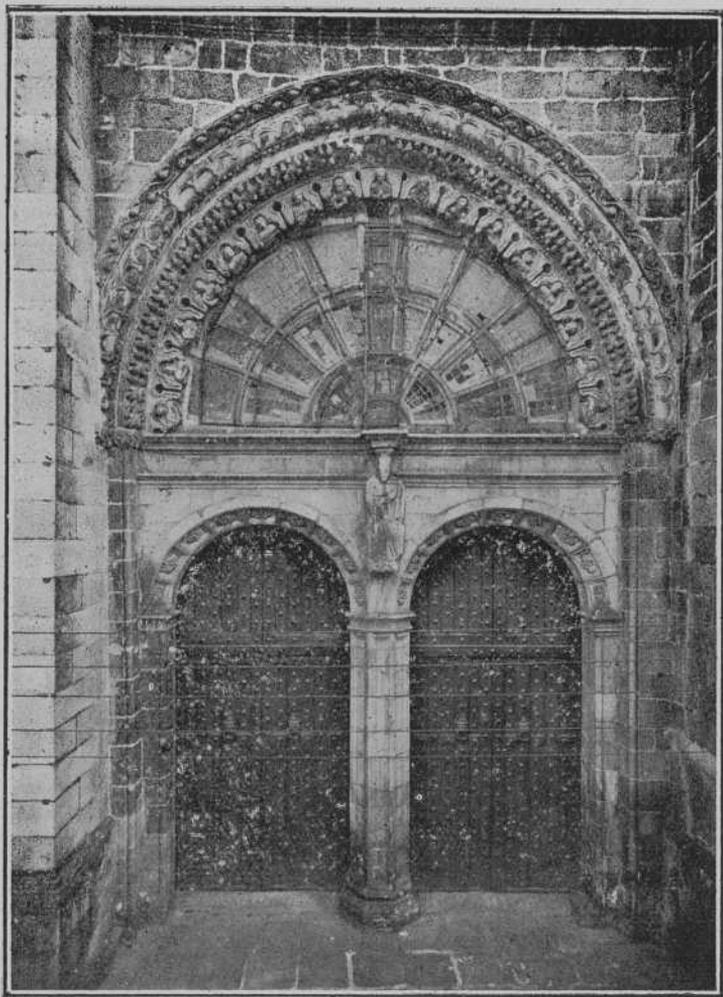


Foto n.º 3.—«... La belleza de los ángeles de la archivolta central
no puede ser superada...»

los de la misma especie no tienen a su disposición siempre la misma clase de materiales, apurando su ingenio para procurarse los más indispensables y adecuados.

La araña que construye su red atirantada entre dos árboles próximos, no realiza una labor de mérito muy distinta al del colosal puente suspendido de Brooklin.

La técnica, aunada con el arte, es consustancial a la existencia de las criaturas.

Las variantes, dentro de un fondo permante común, vienen con el *movimiento colectivo* de las almas, unas veces—en diversos tiempos, o en un solo tiempo en diversos países—; otras, cuando Dios decreta en su infinita bondad y sabiduría el nacimiento del Genio entre los hombres.

Podemos determinar esas variantes fundamentales desde aquellos primitivos tiempos hasta el momento de la Historia del Arte que en esta disertación nos interesa, y para ello haremos en primer término una observación que me ha obsesionado muchas veces. Es ésta, considerar el hecho indudable de que el hombre en los primeros tiempos de la prehistoria y aún hasta los históricos muy avanzados del esplendor de las artes griegas, no se consideró espectador de sí mismo y, como consecuencia de esto, se produce el fenómeno artístico del gran contraste que se ofrece entre la perfección absoluta con que interpreta la representación de los animales y de los vegetales y la absoluta torpeza, o mejor dicho descuido o falta de interés, con que pinta o esculpe la imagen humana. En el arte rupestre rara vez aparece el hombre y, cuando es indispensable su representación en combates o cacerías, se le reconoce difícilmente en el trazado de un garabato esquemático que intenta, sin esfuerzo alguno, imitar su forma. En las artes caldeas y asirias, estrechándose más las distancias, el hecho sin embargo se repite. Existe en ellas enorme diferencia entre la perfección de representación de los caballos, de elegantísima línea, que tiran ágiles de los carros de guerra, o de los leones heridos, con la torpeza en la ejecución de guerreros y cazadores, de amanerada apostura y tosco dibujo. Compárese asimismo el hieratismo de las figuras humanas egipcias con la suprema gracia y cuidadoso estudio con que se representan (especialmente en los relieves de los

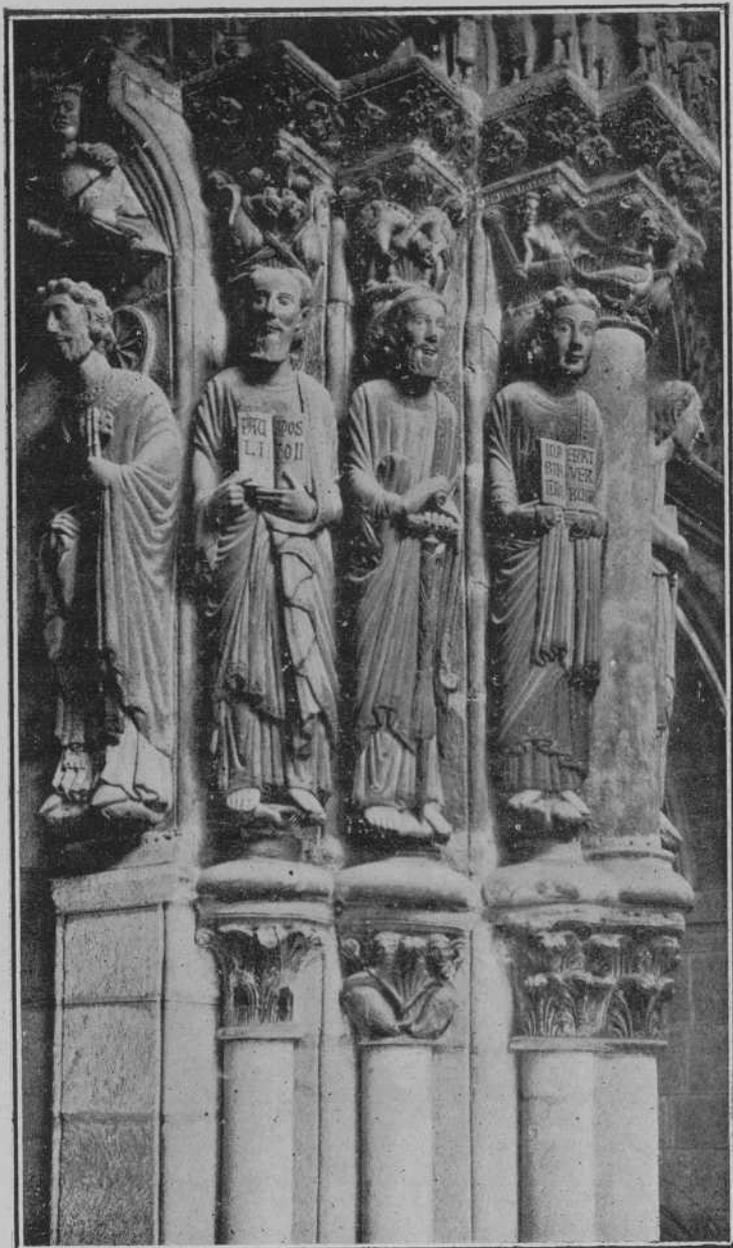


Foto n.º 4.—«... Tres o cuatro de sus estatuas (precisamente las colocadas en los extremos de la composición) no precisan de retoque alguno...»

hipogeos) las aves, los toros, los ciervos, así como la variada flora del Nilo.

Se precisa llegar a los tiempos griegos, para que el hombre se conceptúe digno de ser considerado como espectáculo de sí mismo; pero ¿en qué forma? En su belleza puramente animal. El hermoso animal humano es, al fin, representado artísticamente, de una manera perfectamente definitiva, como el artista rups-tre había logrado representar a las bestias con perfección insuperable.

Desciende entonces sobre la Tierra el Hijo de Dios, para decir a los hombres que su ánima, imagen de Dios mismo, es la más excelsa que El ha creado y que sus cualidades de bondad, de caridad y de justicia representan la Fraternidad y la Paz entre los hombres de buena voluntad. He ahí la Religión nueva y única verdadera. Esta Religión nueva precisaba moldearse en un arte nuevo. Se precisaban artistas nuevos: los pintores y los escultores de las almas. Había que empezar desde un principio, como si nada se hubiese realizado hasta entonces. La Arquitectura se hizo fácilmente camino. Primero el arte de las Catacumbas, más tarde el de las Basílicas y el de las iglesias bizantinas en Oriente, el más rudo de los templos visigodos y carolingios en Occidente, hasta llegar por una parte a Santa Sofía de Constantinopla y por otra a la Catedral de Compostela, definitivo Parthenon del Arte Cristiano.

Pero ¿y los pintores y escultores de las almas? Estos se debatieron en ansias inspiradoras durante once siglos. Las pinturas esquemáticas y simbólicas de las Catacumbas, cuyo reflejo llega hasta nuestra recién explorada cripta de Bóveda; los mosaicos de Bizancio, Rávena y Venecia; los códices iluminados, entre ellos nuestros «Beatos»; los objetos de marfil tallado, los esmaltes y tosquísimas esculturas en piedra; algunos pintores murales..... pero el artista cristiano definitivo no aparecía; no había nacido el arquitecto, pintor y escultor de las almas, hasta que Dios dispus la oaparición del genio, y nació entonces, para gloria de Galicia, de España y de la Humanidad, el Maestro Mateo, de Compostela, y después de él, arrancando de él, viene el Arte Cristiano del Mundo entero.

Estudie quien quiera los antecedentes del Maestro; estudie

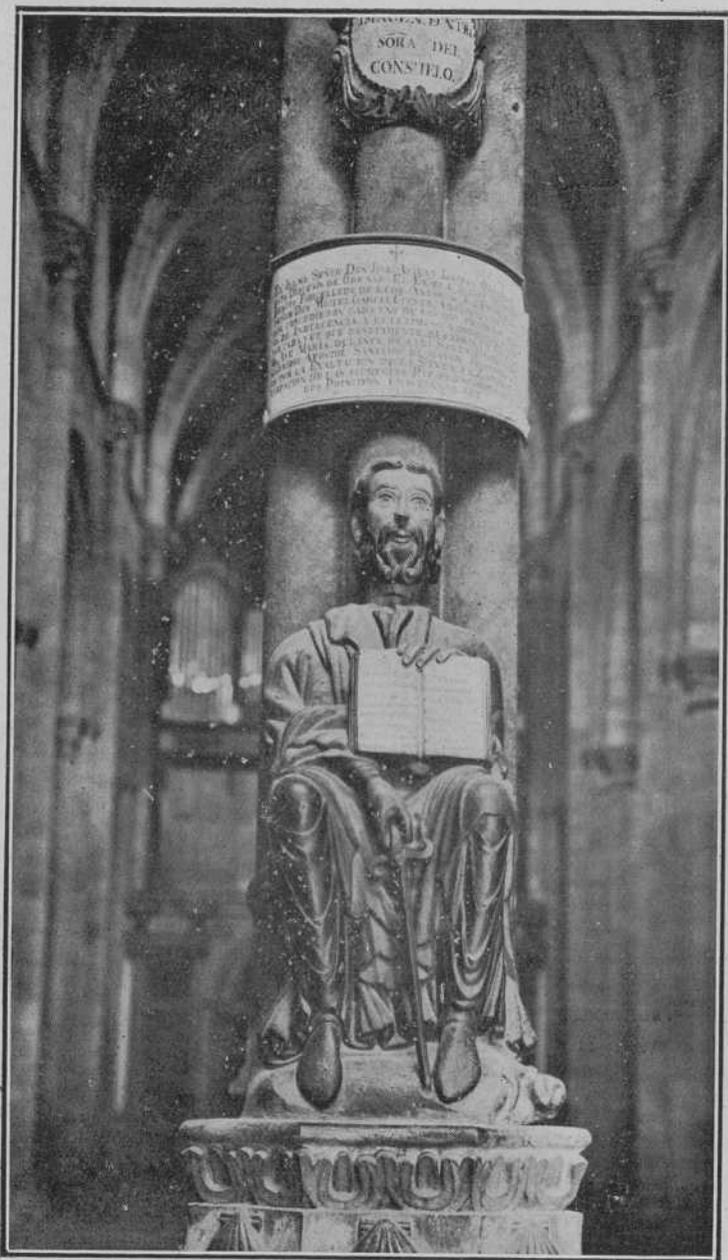


Foto n.º 5.—«... la curiosa estátua sedente del parteluz, representativa, según unos, del Santo Apóstol y, según otros, del Caballero que, blandiendo la recia espada, impone respeto...»

a López Ferreiro; estudie a Porter, a quien quiera; yo no he de molestarte en eso, porque creo que el Genio no tiene antecedentes.

Nuestra gran Rosalía en su magnífico poema «Na Catedral», con su clarividencia de poetisa, dijo:

.....
*«Ti que os fixech, de Dios cõa axuda
De inmortal nome, Mestre Mateo.»*
.....

Con la ayuda de Dios hizo Mateo el Pórtico de Compostela y de él nacen este magnífico de Orense, el de San Vicente de Avila, el de San Juan del Mercado de Benavente y la última iglesia gallega recientemente rescatada para el arte, Puerto Marín. Después, todas las maravillosas portadas del Arte gótico de toda Europa, son ampliaciones del mismo germen.

El Arte Cristiano fulguraba al fin triunfante, extendiéndose triunfador a la par que el Cristianismo se extendía por el Orbe. La materia, al fin, llora y ríe por poder milagroso del Arte y, en la sonrisa de Daniel Profeta, la piedra de Compostela sonríe por primera vez en el Mundo (Foto n.º 1). De ella copió su sonrisa la famosa escultura del Angel del Pórtico de Reims; sonrisa ahora trocada en mueca de dolor, por la explosión de una granada prusiana.

* * *

Quería llegar a este punto, para dejar en todo su relieve la extraordinaria importancia que en la Historia del Arte tienen la Catedral Compostelana y en ella la capital obra de Mateo y sus versiones respectivas de la Catedral Auricense y su Pórtico del Paraíso. No extrañe a aquellos que no conozcan íntimamente ambos templos que consigne aquí su fraterno parecido, siendo tan desemejantes en su estado actual. ¡Tales y tantos son sus aditamentos y reformas a través de ocho siglos! El arqueólogo norteamericano Mr. Conant Kenhet acaba de realizar, en magnífica obra recientemente publicada, la reconstitución de las primitivas trazas de la Catedral Jacobea. Este estudio solo tiene ya su interés puramente histórico, puesto que los aditamentos

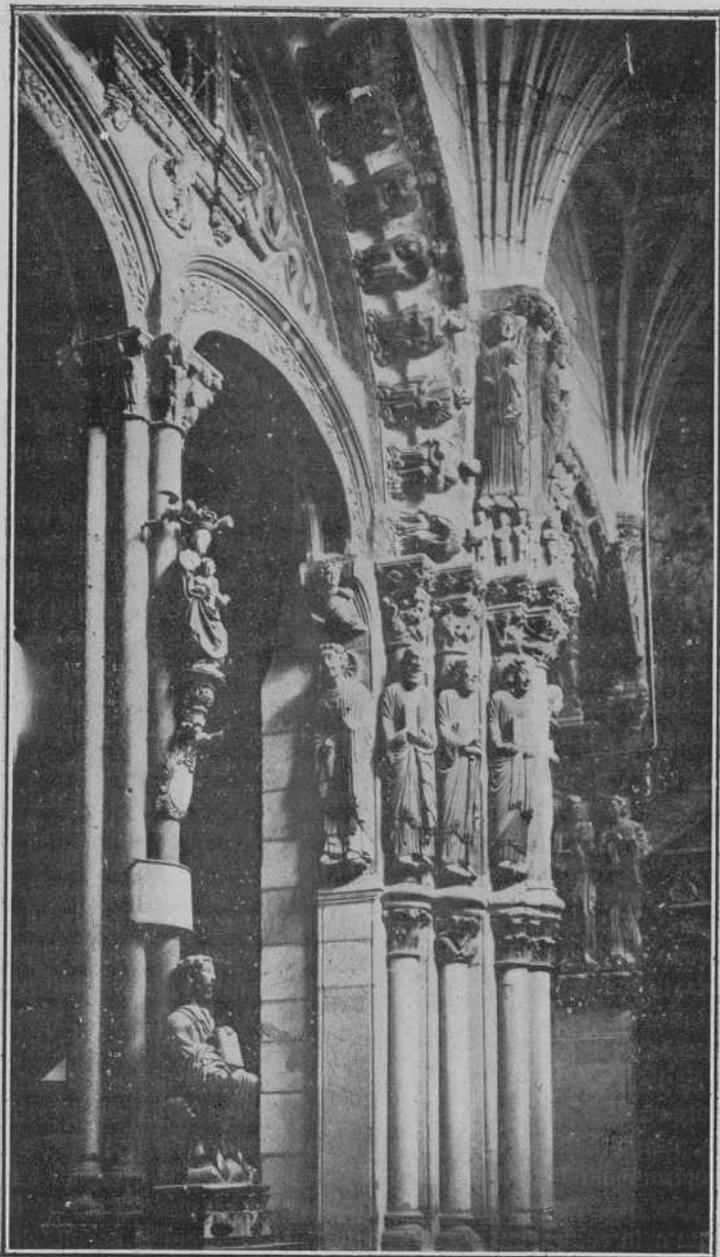


Foto n.º 6.—«... desplegando gentilmente los haces de palmas de sus nervaduras, hermanas
acaso de las que cubren la Sala Capitular de Osera y la Sacristia de esta Catedral...»

barrocos que alteran aquel templo son de tal importancia arquitectónica, especialmente la bellísima fachada de Casas-Novoa, que fuera locura pensar en su reposición al estado primitivo.

En cambio, la Catedral orensana puede ser sin agravio despojada de sus pobrísimos y antiartísticos postizos, llegando con ello a una reconstitución casi total de sus prístinos aspecto y traza.

Y con esto he llegado al objeto fundamental de mi conferencia, que para buen orden dividiré en dos partes: La primera, relativa a la reposición de la Catedral a la pureza de su original disposición. La segunda, a la creación de la Plaza de los Reyes y Escalinata de acceso a su fachada principal.

Aquella la dividiré aun en obras al interior y obras del exterior.

La obra de reposición más importante del interior es la relativa al Pórtico. En la Memoria del Proyecto correspondiente, detallé con minuciosidad las operaciones necesarias para que esta maravilla iconográfica luzca de nuevo en su primitiva traza y esplendor. Este Pórtico, como el de Santiago, estuvieron hasta el siglo XVI enteramente abiertos. Las puertas, hoy colocadas al exterior, estaban dispuestas detrás de las portadas que ostentaban las sendas composiciones escultóricas. Y éstas destinadas, por lo tanto, para ser contempladas constantemente desde el exterior, a través de los tres grandes arcos, hoy semitapados por obras de refuerzo, realizadas en aquella época, por el grave riesgo que la débil fachada corría (Foto n.º 2). Es preciso, por consiguiente, destruir estos postizos, previa la necesaria consolidación de esa fachada. Justamente, uno de los elementos más bellos y originales de la Catedral son esos arcos de cierto sabor oriental, primorosos de trazado, composición y magnífica decoración escultórica. La belleza de los ángeles de la archivolta central no puede ser superada (Foto n.º 3).

El Pórtico en su interior tan solo precisa rebajar delicadamente su ordinaria policromía actual, desentonada por sucesivos, antiartísticos, repintados. Tres o cuatro de sus estatuas (precisamente las colocadas en los extremos de la composición) no precisan de retoque alguno (Foto n.º 4) y pueden servir de pauta a la coloración justa que toda la decoración escultórica demanda.

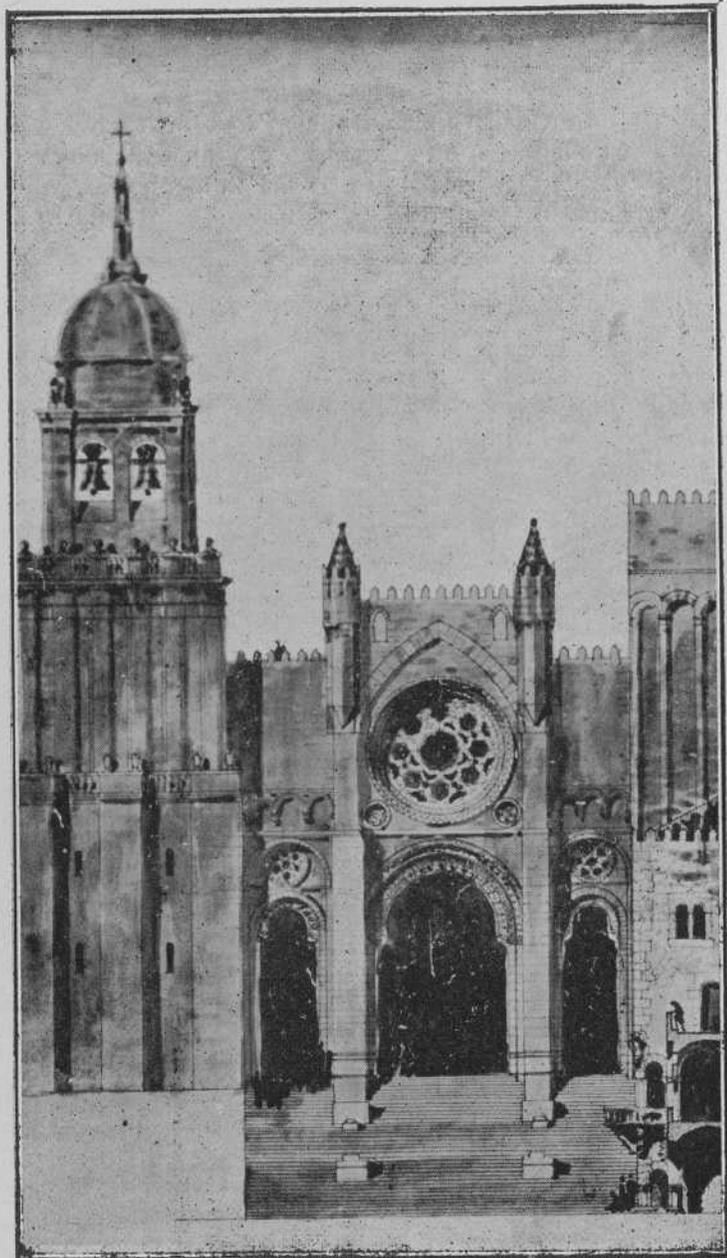


Foto n.º 7.—«... al eje, el gran rosetón central, flanqueado por otros más pequeños: terminación horizontal almenada...»

¡Lástima grande que este espléndido Pórtico no tenga hoy la primordial composición de su tímpano central, semejante a la de su modelo de Compostela! ¿La ha tenido alguna vez? A mi juicio este tímpano nunca ha sido construido. Allí estaba la parte más delicada y difícil para el escultor que seguía, o estaba obligado a seguir, a Mateo. Por otra parte, era la más costosa. Añádase a esto las dificultades de carácter puramente estereotómico que en el de Santiago, según estudios que he podido hacer, se presentan grandes. ¿Por no haber comprendido bien el autor esta complejidad arquitectónica, surgió su destrucción? No lo creo; pues, de otro modo, se hubieran conservado algunos de sus fragmentos y no encajan en su posible composición las interesantes estatuas que se conservan: el David del parterel exterior, el Salvador (pequeño, para servir a la composición central) a espaldas de aquél y la extrañísima del Ángel sonando la trompeta del Juicio Final, en cuyo nimbo algún historiador ha creído adivinar el nombre del autor del Pórtico, «Juan Evangelista», puesto que en el reborde de la trompeta dice claramente «Fecit»; una inoportuna rotura hizo desaparecer el resto de la inscripción. ¿Diría «Fecit coelum et terram»? Este misterio acerca del nombre del autor es otra contrariedad de la no existencia del tímpano, pues, sin duda alguna, la imitación del ignorado artista, llegaría hasta *firmar* la obra, en la misma forma y lugar de los dinteles del tímpano, en que lo hizo Mateo.

Nada más fácil, sin embargo, en los actuales tiempos que efectuar una reproducción exacta del tímpano de Santiago. Para ello bastaría con solicitar del Gobierno Británico un vaciado de la copia que, de la totalidad de ese Pórtico, se admira en el «South Kensington Museum» de Londres. Un mediano «sacador de puntos» podría, por medio de los compases, trasladarlo con absoluta precisión a la piedra.

Sin embargo, no lo creo necesario. No soy partidario de las restauraciones excesivas, hoy en desuso. Una corta diferencia entre ambos pórticos resulta grata. Deben por ello respetarse también las pinturas al fresco, de mediana factura, de los muros laterales del Pórtico y la curiosa estatua sedente del parterel (Foto n.º 5), representativa, según unos, del Santo Apóstol

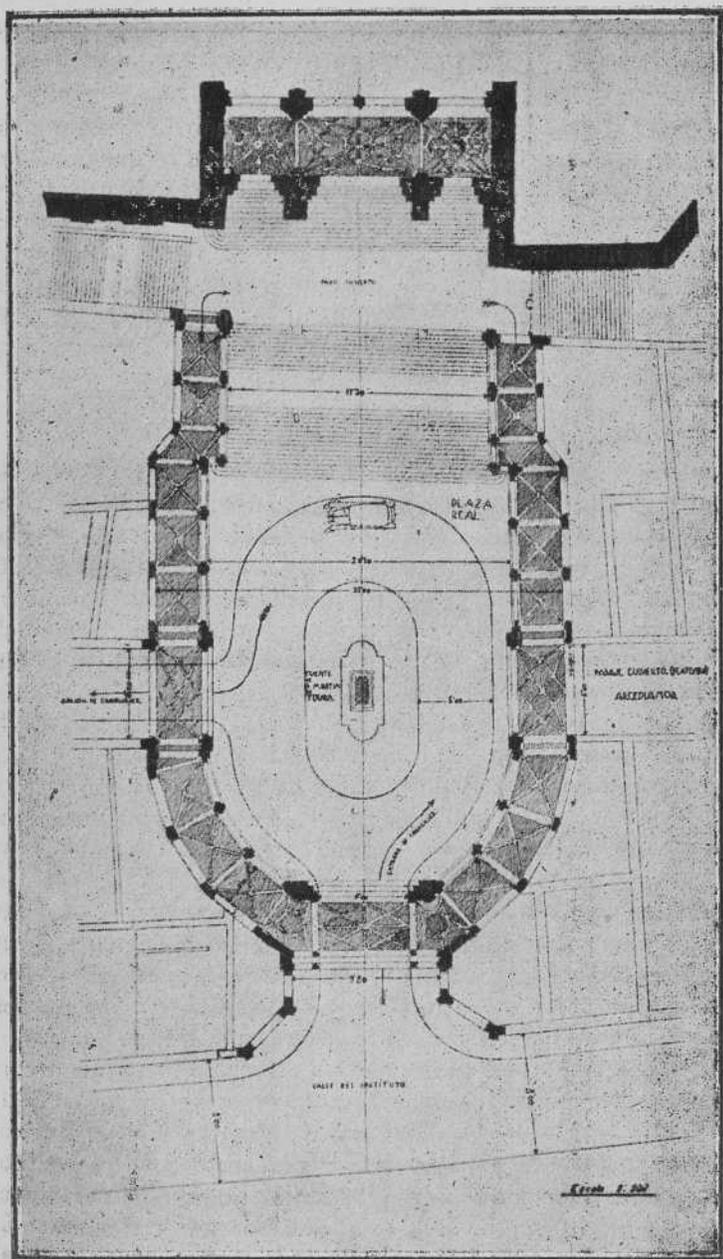


Foto n.º 8.—«... la gran plaza o atrio y escalinata de la Catedral, que esta Santa Iglesia ha estado esperando inútilmente durante ocho siglos...»

y, según otros, del Caballero que, blandiendo la recia espada, impone respeto y silencio en el Templo. De una u otra forma que la estatua se interprete, su situación allí no es inoportuna. Las bellísimas bóvedas del siglo XVI que cubren el Pórtico, desplegando gentilmente los haces de palmas (Foto n.º 6) de sus nervaduras (hermanas acaso de las que cubren la Sala Capitular de Osera y la Sacristía de esta Catedral) completan, a pesar de su diferencia de estilo, la interesante originalidad de este magnífico conjunto.

* * *

Sigamos ahora analizando otras reformas del interior de la Catedral. Será acaso la más importante realizar aquí lo que es aspiración unánime en los restauradores de todas las Catedrales de Europa: la supresión o traslado del Coro. Es sabido que, en la primitiva disposición de estas Catedrales medioevales, el coro no ocupaba el inoportuno lugar que generalmente desde el siglo XV se les ha dado. Esa disposición ha trastornado por completo la planta de las Catedrales, destruyendo la utilización para los fieles de las cuatro quintas partes de su ámbito, desde las cuales no pueden ser contempladas las ceremonias religiosas. La reforma de supresión no se ha realizado, sin embargo, en la mayoría de las Catedrales españolas por la enorme riqueza artística que sería preciso destruir acumulada en los coros y, sobre todo, en los muros exteriores de los mismos o trascoros, precisamente, en éstos, para disimular con sus galas la fealdad de estos muros que impiden contemplar las naves en toda su grandiosa extensión, ocultando el magnífico aspecto de las ceremonias religiosas, acompañadas en otro caso de millares de fieles situados en toda la extensión de los amplios templos.

Afortunadamente, no nos encontramos en este caso; nada importante es necesario destruir para esta importantísima reforma de la Catedral de Orense. Los muros del trascoro (sin duda por la falta de entrada por la puerta principal) están desprovistos de toda decoración, que se creyó innecesaria. Un órgano recientemente colocado allí, afea más aun este árido conjunto. La sillería del coro, muy estimable sin duda alguna, pero sin llegar a ser obra magistral, puede ser cuidadosamente trasladada para

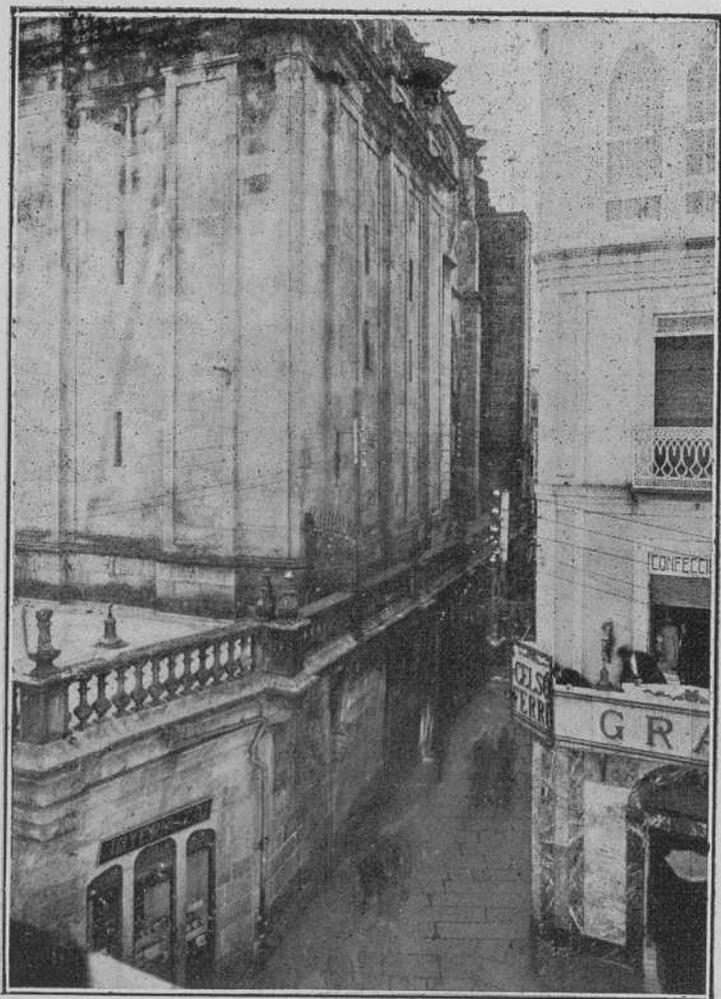


Foto n. 9.—«... Dios y San Martín de Tours querrán que muy pronto la piqueta demoledora deje entrar libremente los rayos del sol en este corazón de la ciudad, hoy invadido por un caserío sin arte, misérrimo y triste...»

enriquecer el museo catedralicio. Podrían ser conservados en su lugar, no sólo por su mérito y belleza, sino también porque nada estorbarían al efecto perspectivo general, los dos grandes órganos antiguos. Problema más delicado es el referente a las dos magníficas rejerías de Celma. Superpuestas en la visualidad de la nave central, dificultarían la contemplación de las ceremonias y su fondo admirable, constituido por el retablo de Cornelis de Holanda. La única solución posible es situarlas sin demérito en los dos costados, ahora libres, de la nave del crucero, dejando completamente diáfanos los del frente.

El efecto artístico de esta reposición de la planta de la Catedral a su disposición primitiva sería realmente magnífico.

Otra obra interesante sería la creación, en la preciosa capilla de San Juan, del Museo catedralicio. Parece singularmente dispuesta para ello su característica arquitectura. Grandes, hermosos ventanales le prestan luz abundante, y por afortunado caso, está rodeada en la parte baja de sus muros interiores de una serie de lucillos o arcos profundos que, provistos de grandes lunas, serían artísticas, adecuadísimas vitrinas para la más segura y perfecta exposición del tesoro de la Catedral, de interés incomparable, en sus arquetas, platería, códices, telas bordadas y tantos otros. En este museo merecería singular instalación el inestimable frontal de esmaltes, joya rarísima entre las ocho o diez similares suyas que en el mundo existen; y en preferente lugar de honor, en una vitrina central, se colocaría la incomparable cruz profesional de oro, plata y rica pedrería.

No es preciso ponderar la atracción extraordinaria que esta instalación prestaría a la Catedral y, por tanto, a la ciudad de Orense.

Otras obras de menor importancia harían resaltar el debido lucimiento del hermoso claustro gótico, inacabado, de acceso al archivo y otras dependencias interiores.

Y ¿qué reformas serían precisas al exterior para devolver asimismo a este templo su primario aspecto? Tuvo la Catedral de Orense, durante los siglos XIII hasta el XVI, carácter propio de las iglesias fortificadas. Con el aspecto externo de una verdadera fortaleza, se presentaban entonces las Catedrales y Colegiatas principales de Galicia: severas, rudas, imponentes. Se

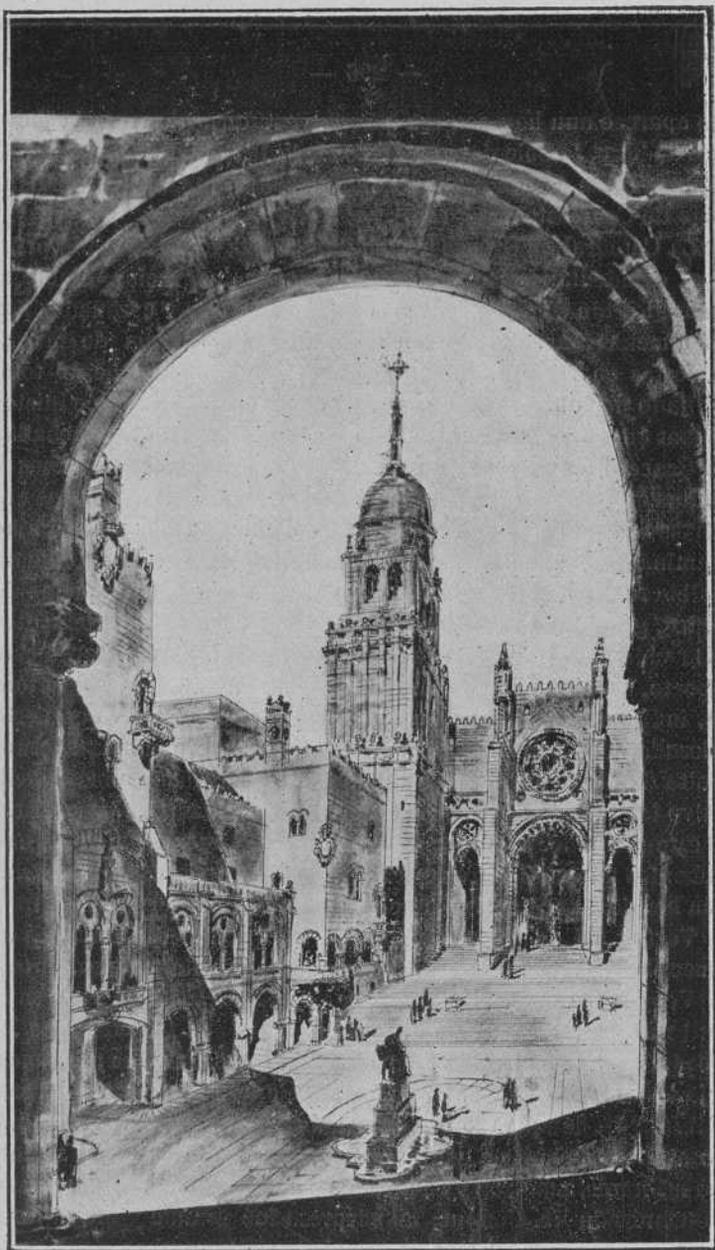


Foto n.º 10. —«... Muy pronto vereis alzarse vuestra Catedral libre y airosa y penetraréis en ella por la gran escalinata y su Puerta grande...»

nos aparece aun hoy con esa pétreo vestidura guerrera la Catedral de Tuy, la Colegiata de Bayona, la Iglesia de Puerto Marín y tantas otras. Tenía ese formidable aspecto la Catedral de Santiago de Compostela.

La Catedral de Orense estaba flanqueada en su fachada principal occidental por dos torreones cuadrados, recios, macizos, decorados tan sólo por sencillas fajas verticales y coronados por las almenas característicamente gallegas de forma de mitra, cubiertas en terraza, a modo de plaza de armas, y acaso todo cobijado por un tejadillo protector como en los planos de mister Conant en la de Santiago. Como en ésta, también las fachadas del Crucero N. y S. estaban defendidas por almenados, cubos y garitas, que hoy desaparecen, en parte, mutilados por las cubiertas o empotrados entre postizas mamposterías, y que yo he examinado por el interior, con detención, para el estudio de su posible restauración. Allí se observan también las banquetas de piedra, gran chimenea de cocina o calefacción y otros elementos de la vida guerrera exterior de la Catedral. Completarán este aspecto, la sustitución de las ruines armaduras de madera actuales, indignas del más pobre alpendre, por la primitiva cubierta enlosada que Conant estudió en Santiago, sobre una estructura oculta de hormigón armado, que ataría y sanearía de modo definitivo las bóvedas del magno edificio. No se asusten los puristas de este modo de proceder, hoy usado con gran éxito en los monumentos nacionales franceses, y que yo propondría, como *solución heroica*, para salvar muchos monumentos españoles.

Verían así de nuevo la luz del sol preciosas esculturas de canecillos y cornisas hoy ocultas por las destartaladas cubiertas.

Vengamos ahora a la fachada principal: Cuando yo hice la fácil reconstitución de su traza primitiva—con los tres grandes arcos abiertos; sobre los laterales, más estrechos, sus rosetones, bajo arcos resaltados de descarga; al eje, el gran rosetón central (Foto n.º 7), flanqueado por otros más pequeños; terminación horizontal almenada; el conjunto empotrado entre los dos torreones militares, macizos y cuadrados—no conocía los dibujos compostelanos de Mr. Conant; mi sorpresa fué grande y muy grata, al apreciar la extraordinaria semejanza entre ambos.

No creo necesario el acometer la totalidad de la restauración

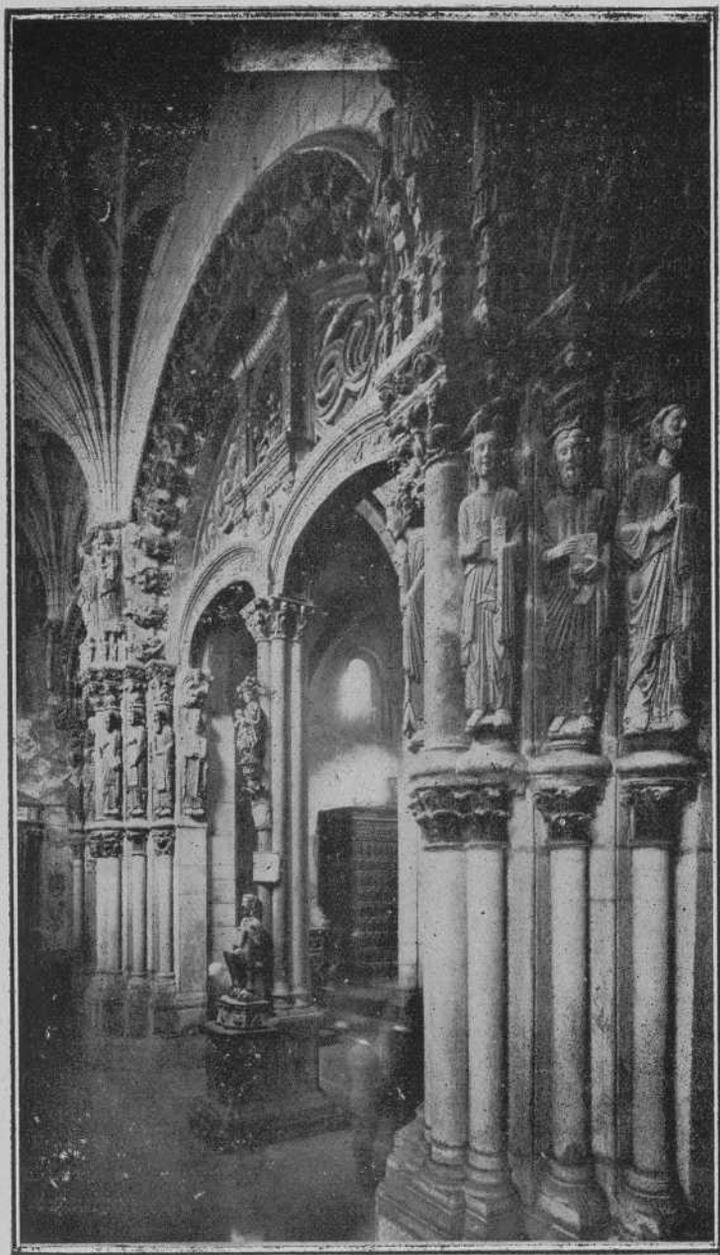


Foto n.º 11.—«... Imaginad el efecto del Pórtico de la Gloria a la luz dorada del sol poniente, cuando la luz dé en ese porche y haga lucir la policromía de sus colores y sus oros...»

de esta fachada en tal aspecto, especialmente en lo que se refiere a los torreones. En el inacabado de San Martín poco habría que hacer. En el otro, en la alta torre actual sería preciso desmontar el feísimo cuerpo de campanas y su cúpulina, y el pesado postizo de consolidación del pasado siglo; y con las mismas piedras, hoy ocultas, reconstruir por completo el torreón románico. Quien quiera apreciar el posible efecto de esta fechada, así reconstruída, examine una fotografía de la Catedral de Sigüenza de la misma época y carácter.

Una sola duda me restaba: ¿Qué trazado y carácter se habría de dar al gran rosetón de esta fachada, hoy tapiado? No era muy desacertada la opinión que dí en la Memoria aludida, pero hoy puedo concretar felizmente mi primer dictamen. En visita reciente al Museo diocesano de Compostela me encontré con los restos del rosetón primitivo de aquella Catedral, de traza muy original y característica; no es preciso, pues, otra cosa que copiarlo.

Llego ahora en mi conferencia al momento culminante: aquel en que todos los orensanos teneis puestos vuestros entusiasmos, secundando los de vuestro paternal Prelado; entusiasmos que yo he recogido en estos días de mi permanencia en Orense, de todas las clases sociales: de la Comisión permanente del Municipio, de las autoridades todas; de personalidades orensanas de decisiva valía, que desde Madrid y de todas las provincias gallegas han venido aquí esta noche a alentarnos con su presencia, de poderoso estímulo y, sobre todo, he recibido ese fervoroso entusiasmo del pueblo mismo y de su Prensa que refleja siempre noblemente el popular sentir. Me refiero a la realización de la gran Plaza o Atrio y escalinata de la Catedral (Foto n.º 8) que esta Santa Iglesia ha estado esperando inútilmente durante ocho siglos.

Esa Plaza, que augustas indicaciones la señalan con la denominación de «Plaza de los Reyes», va a realizarse. Dios y San Martín de Tours querrán que muy pronto (Foto n.º 9) la piqueta demolidora deje entrar libremente los rayos del sol en este corazón de la ciudad, hoy invadido por un caserío sin arte, misérrimo y triste.

Muy pronto vereis alzarse vuestra Catedral libre y airosa

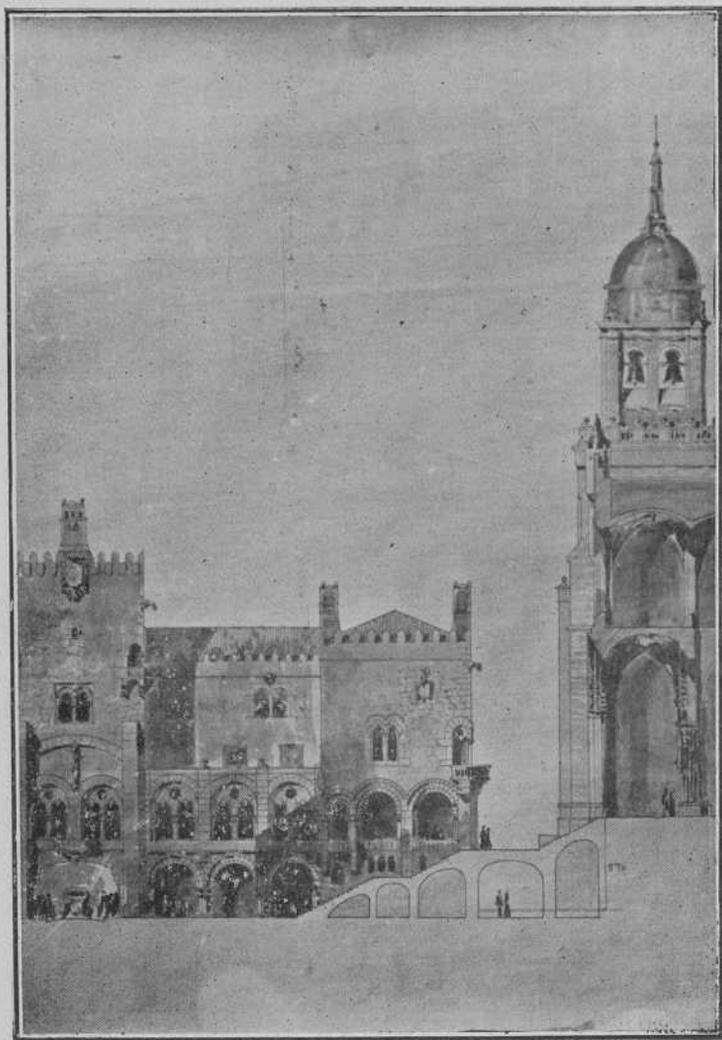


Foto n.º 12.—«... las fachadas laterales corresponden a las de las casas colindantes que resten en pie, con una nueva arquitectura, armonizada con la de la Catedral...»

(Foto n.º 10) y penetraréis en ella por la gran escalinata y su Puerta grande.

Imaginad el efecto del Pórtico de la Gloria (Foto n.º 11) a la luz dorada del sol poniente cuando la luz dé en ese porche y haga lucir la policromía de sus colores y sus oros. Entonces se podrá ver su gran belleza y el artista vibrará emocionado al ver que su obra recibe la justa admiración del pueblo.

Esta Plaza que conocéis por el trazado de su planta voy a mostráros-la hoy en sus pormenores de elevación y en su efecto perspectivo de conjunto.

Consiste fundamentalmente en la creación ante la fachada principal de la Catedral de una Plaza porticada a manera de Atrio con ancho de 24×50 metros de longitud, constituyendo su testero principal el pórtico del Paraíso en toda su anchura y abierto en la forma que más adelante se detallará. Las fachadas laterales (Foto n.º 12) corresponden a las de las casas colindantes que resten en pie, con una nueva arquitectura, armonizada con la de la Catedral. Estas fachadas son perforadas en arcos por la calle de Arcedianos que atraviesa la plaza. Al fondo otras fachadas en rotonda (Foto n.º 13) siguiendo la misma Arquitectura y en el centro de esta rotonda otro gran arco da paso a una nueva calle que comunica normalmente con la del Instituto.

Ante el pórtico del Paraíso se traza una gran escalinata en toda su anchura de 17,50 metros que arranca desde el gran atrio. Una amplísima meseta de 24,50 por 5,50 ocupa el ancho de la actual calle de las Tiendas y a ella acuden a aquella meseta otros dos tramos de escalinata que completan la más perfecta viabilidad y grandioso acceso al pórtico, conservándose el paso de peatones de esta calle a través de los soportales interiores, teniendo comunicación la meseta con los pórticos superiores. Cierto es que de este modo queda suprimido el paso de coches por la corta calle de las Tiendas, pero la creación del gran Atrio lo hace innecesario.

Se completa la viabilidad de este Atrio por medio de la calzada que, comunicando con las calles de Arcedianos y Nueva, que podríamos llamar de San Martín, rodea el andén central del paseo. En el centro de este andén de forma oval, se sitúa la estatua ecuestre de San Martín de Tours en su característica actitud

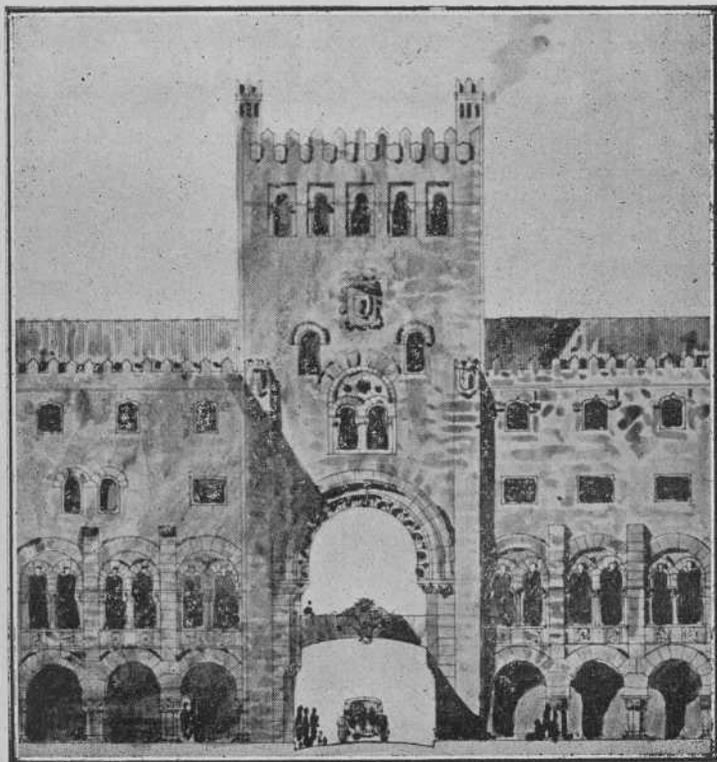


Foto n.º 13.—«... al fondo, otras fachadas en rotonda, siguiendo la misma arquitectura, y, en el centro de esta rotonda, otro gran arco da paso a una nueva calle, que comunica normalmente con la del Instituto...»

de partir su capa con el pobre, estatua que podría ser fundida en bronce del hermoso modelo del siglo XIII que se conserva en la hornacina de la fachada de la Iglesia de Valencia.

Este monumental trazado respondería a completar las características de la Basílica Latina añadiendo al narthex el átrio.

De sus variadísimos efectos perspectivos puede dar aproximada idea el trazado mismo, siendo los más singulares la perspectiva central enfocada a través del arco triunfal de la Nueva Calle de San Martín, los efectos oblicuos al desembocar en ambas direcciones la calle de Arcedianos, los de las subidas de las escalinatas laterales y, finalmente, los diversos interesantes puntos de vista a través de las Arquerías alta y baja que circundan el átrio, ambas accesibles al pueblo. A su vez sería magnífico también el aspecto total de la plaza contemplada desde el interior del pórtico del Paraíso.

* * *

Llegó el momento más delicado, pero también ¡triste es decirlo! el más importante para llevar a feliz término nuestro intento: el dinero. Pero me anima al tratarlo (aun con el respeto, ni un sólo momento olvidado por mí, al hacerlo bajo estas bóvedas sagradas) el divino ejemplo de Jesús. Nuestro Señor, siempre dulcísimo en sus predicaciones, pero un día airado, al arrojar del templo los mercaderes que lo mancillaban. Nosotros seríamos asimismo despreciables, si llegáramos a merecer tal castigo. La obra que vamos a emprender es una obra en honra y servicio de Dios. Y aun dentro de las leyes que los hombres han formulado, nada más respetable que el derecho de propiedad, representativo, casi siempre, de un honrado trabajo acumulado en bienes; pero nada menos respetable que esa, entonces mal llamada, propiedad, que quiere hacer granjería, lucrándose del sacrificio y del sudor ajeno. En el presente caso, una sabia Ley, que todos debemos respetar y cumplir, determina que toda obra urbana de saneamiento, de embellecimiento, de engrandecimiento de un pueblo debe costearse en gran parte a sí misma, con los beneficios que ella misma reporta o que de ella se derivan y de los que ningún ciudadano debe lucrarse en

beneficio propio y perjuicio de la mancomunidad, caso escandaloso que, por desgracia, se ha dado en la misma capital de la Nación y en su barrio de Salamanca. De ahí la necesidad de la expropiación forzosa por utilidad pública y las contribuciones especiales de plus valía. Pero ni aun así pueden acometerse las grandes obras que hacen grandes a los pueblos y en este caso son precisas las aportaciones de Corporaciones, Entidades y particulares, que han de acudir a enjugar el déficit. Si esas obras reúnen las cualidades máximas para merecer la total adhesión de todo un pueblo, en este caso: santidad, bondad, sanidad, belleza, trabajo, no es extraño que estas aportaciones sean grandes y numerosas, como en este caso esperamos los amantes de Orense y su Catedral.

No puedo hoy adelantar cifras concretas y definitivas. El dignísimo arquitecto municipal, precisamente muy querido discípulo mío, activa los correspondientes trabajos para la formación de los presupuestos de gastos e ingresos de la obra para deducir el definitivo déficit.

Pero en lo que puede vislumbrarse de estas cifras, el estado económico aproximado del asunto es este:

GASTOS	<i>Pesetas</i>
Valor de las expropiaciones para la construcción de la plaza según las tasaciones practicadas por los señores arquitectos del Catastro.....	472.670,00
Valor de las expropiaciones que pueden realizarse en una zona de 25 metros de fondo en todo el perímetro de la plaza según las tasaciones practicadas por los señores arquitectos del Catastro..	541.490,00
Coste aproximado de las obras de pavimentación, alcantarillado y demás servicios municipales...	60.000,00
<i>Suma total de gastos.....</i>	<u>1.074.160,00</u>
INGRESOS	
Valor que se calcula para el grupo de solares comprendido entre la calle de las Tiendas, nueva plaza y Lamas Carvajal.....	276.000,00

Grupo comprendido entre la calle de las Tiendas y nueva plaza, Santa Eufemia y Lamas Carvajal, superficie 1.040 metros cuadrados a razón de 350 pesetas metro cuadrado.....	364.000,00
Valor de materiales aprovechables.....	80.000,00
<i>Suma total</i>	720.000,00
Gastos	1.074.160,00
Ingresos.....	720.000,00
Déficit	354.160,00
Valor de las aportaciones	250.000,00
DÉFICIT DEFINITIVO.....	104.160,00

Al llevar a cabo el proyecto cumplimos con los deseos de Su Majestad el Rey, expuestos cuando visitó Orense.

Al hacer yo estos trabajos sin retribución alguna, lo hago por cariño y por amor a mi tierra. Los gallegos tenemos una deuda con nuestra tierra. Al nacer de la raza gallega, hemos adquirido unas cualidades sin poner nada de nuestra parte y por ello debemos devolver algo de esas cualidades a la tierra de quien las hemos recibido.

Este proyecto lo quiere el Obispo, lo quiere la municipalidad, lo quiere el Rey y lo pide San Martín.

Hay, pues, señores que realizarlo.

El Ilmo. Sr. D. Marcelo Macías

Ilustrísimo y reverendísimo señor, dignísimas autoridades, señoras y señores:

Como presidente de la Comisión provincial de Monumentos Históricos y Artísticos y como delegado regio de Bellas Artes, me creo en el deber de pronunciar algunas palabras, para asociarme a este acto de consagración del pensamiento en feliz momento concebido y tan amorosamente acariciado por nuestro ilustrísimo y reverendísimo señor Obispo, que no otra cosa ha sido la hermosa conferencia que acabamos de oír de labios del insigne arquitecto señor Palacios, a quien me emplazco en dirigir afectuoso saludo y rendir homenaje de sincera admiración.

Nuestra Catedral, señores, es la única de España, y bien pudiera añadir, y de fuera de ella, que ofrece la extraña, la sorprendente, la inverosímil particularidad de tener cortado el acceso a la entrada principal, apareciendo ésta sobre grueso murallón inutilizada por completo para los actos del culto. Tan brutal agravio a uno de los monumentos arquitectónicos más hermosos y notables de Galicia, solo pudo ser hecho en los desdichados tiempos de las encomiendas, de enconadas discordias y luchas de jurisdicciones y de desconocimiento y menosprecio del arte medieval.

Como habeis visto en el luminoso proyecto que el señor Palacios ha expuesto brillantemente, e ilustrado con magníficas proyecciones, la Religión y el Arte piden y reclaman de consuno que se repare de todo en todo tan grave daño; que esas puertas vuelvan a abrirse a los fieles en lo alto de ancha y descansada escalinata, y que esa joya del arte, ese admirable Pórtico llamado de la Gloria, único en España, si no existiera el de Santiago, aprisionado ha siglos aquí, sin su primitivo tímpano y con aditamentos anacrónicos, luzca y se ostente en todo su esplendor y hermosura, restituído por sabia mano a su pristino y verdadero estado.

Y si esto piden la Religión y el Arte, los progresos de la urbanización, el rápido y creciente mejoramiento que se opera en todos los pueblos, en orden a los planos de población, a la

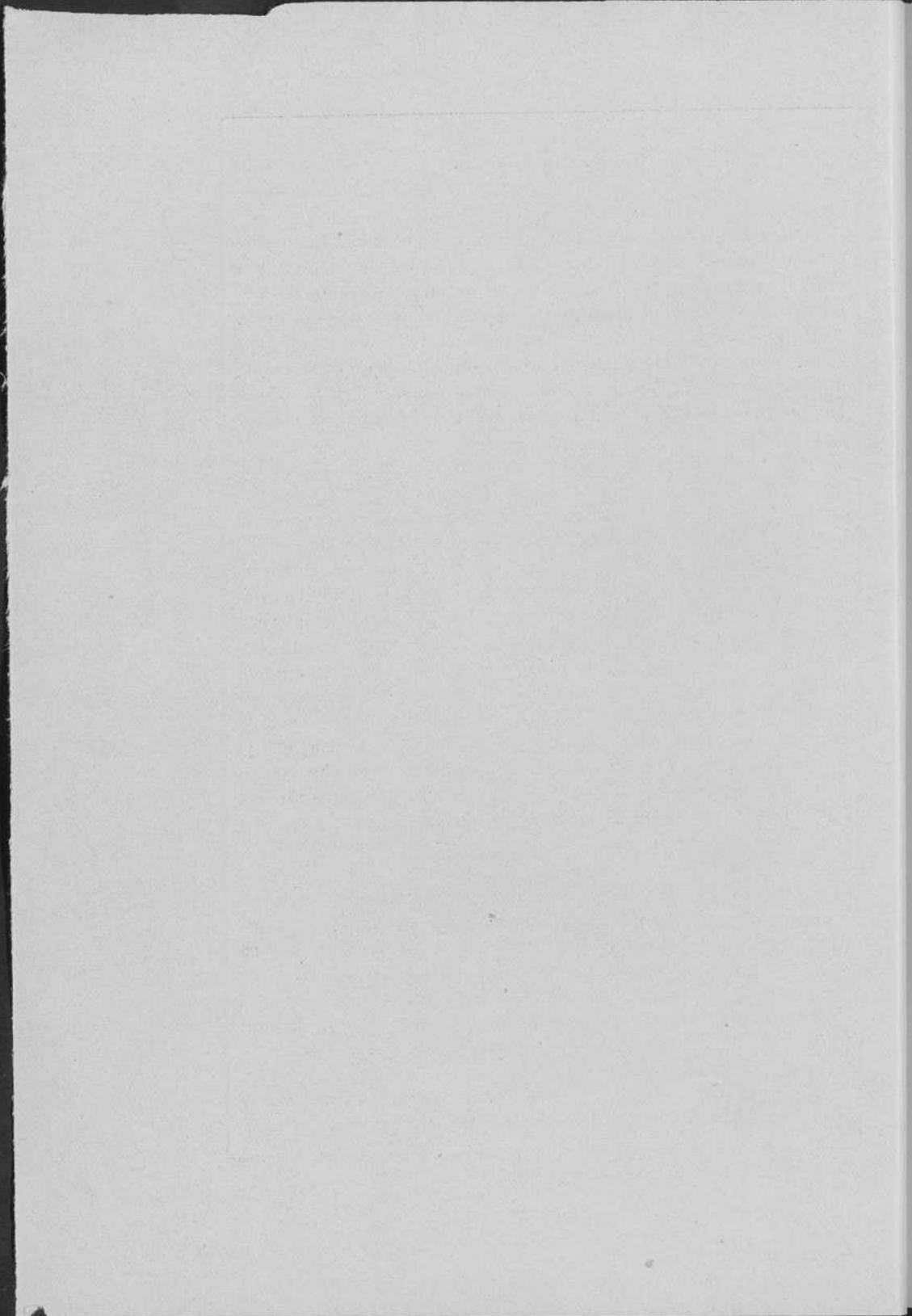
edificación de viviendas, a las comodidades de la vida y a la salubridad y la higiene, exigen a su vez imperiosamente que desaparezcan esas viejas calles, estrechas y sombrías, situadas en el corazón mismo de la ciudad, que tan lamentablemente contrastan con las modernas, y en su lugar se abra amplia plaza, que descongestione esta parte de la población y la higienice y hermosee.

Enterada oficialmente la Comisión provincial de Monumentos de los levantados y generosos propósitos del ilustrísimo señor Obispo, acordó por unanimidad, en sesión del 13 de Enero del corriente año, que constase en acta, en los términos más expresivos, su honda complacencia, y que la Comisión en pleno se trasladase al Palacio Episcopal a saludar al sabio y animoso Prelado y a ponerse, colectiva e individualmente, a su disposición, para coadyuvar en cuanto estuviese de su parte a la realización de la obra proyectada.

Y ¿quién no se estremece de júbilo y entusiasmo ante rasgo tan hermoso, de tan soberana generosidad y gallardía, sin igual, desde el siglo XIII, en los fastos del Pontificado orensano? Desde que se terminó la construcción de la Catedral, no se ha hecho obra de tan grande interés y de tan grande empeño. El Obispo señor Cerviño, disponiéndose a cometer tan magna empresa, y ofreciendo al Excmo. Ayuntamiento cien mil pesetas para ayuda de las expropiaciones, nos recuerda al Obispo don Lorenzo, citado por el señor Palacios, de gloriosa e imperecedera memoria, que en dar impulso a las obras de la Catedral, del Palacio Episcopal y del puente sobre el Miño, agotó sus rentas y recursos, al extremo de que el Rey D. Fernando III el Santo hubo de darle la iglesia de Quizanes, *para «que tuviese pan de trigo para su mesa»*; y el señor don Antonio Palacios, gloria de la arquitectura española, que enamorado de nuestra Catedral y dando una prueba más del interés que le inspiran los monumentos artísticos de la hermosa, de la bendita tierra que le vio nacer, se ha ofrecido generosamente a dirigir sin retribución alguna la ejecución de la obra, con arreglo al proyecto que ha redactado, el señor Palacios es, para orgullo de Galicia, la encarnación del genio de aquellos grandes maestros, cuyos nombres solo están escritos en el *«libro de la vida»*, que conci-

bieron y levantaron las maravillosas catedrales góticas, sublimes poemas de piedra, como las llama Villemain.

Señores: Yo espero, ¡como no!, yo espero confiadamente que Oréense, que la católica y nobilísima ciudad de Orense, que tan señaladas pruebas ha dado de fe, de cultura y de patriotismo, no abandonará a su Prelado en tan honrosa y simpática empresa, antes bien se apresurará a ponerse resueltamente a su lado, para acometerla y llevarla a feliz término, imitándole en el entusiasmo y en el sacrificio y haciéndose, como él, acreedora a las bendiciones del cielo y a las alabanzas de la historia.



Discurso de D. Basilio Alvarez

Comenzó diciendo que asistimos a una resurrección, porque el arte también tiene palpitaciones que se apagan, cuando se le roba el sol o cuando se desdibuja el emplazamiento de la obra insigne, para que no trasciendan a gloria los resplandores de la belleza.

Estima providencial la idea del Prelado porque sólo el dedo de Dios puede acusar las resurrecciones, y esta es extraordinaria, sinó por el ímpetu taumatúrgico, sí por el brío del descubrimiento.

Afirma que llevamos cuatro siglos de espaldas a la luz del poniente y sin que tampoco los rayos del amanecer nos acariciasen para poner sobre nuestras frentes los cendales suaves de la aurora. «Acudíamos al templo—dice—atravesándolo de norte a sur y de sur a norte, como si nuestros pasos sintiesen el recelo de acercarse a Dios sin la serena alegría de una confianza infinita. Y eso que por la puerta del norte, lo primero que topaban nuestros cuerpos era con el Santísimo Cristo, fuente de nuestro consuelo, y cierto que, al entrar por la puerta sur, irrumpían en el templo el remanso graciosamente arcaico de la plaza del Trigo y el bello patín y se acompasaba nuestro andar al son de las majestuosas campanas del reloj; pero con esta puerta, con la de occidente, ni se sellan aquellos accesos, ni se cierra contra aquellas tradiciones. Los labios brujos del insigne Palacios son otro «fiat» creador que arrancará luminarias al cielo, para que alumbren la calle de las Tiendas y la de Arcedianos y la de Lamas Carvajal.»

«¡Las calles! Esas calles, que agarrotan el bellissimo Pórtico, van a extremecerse ante la piqueta demoledora, que será un bisturí que nos limpie la carroña, para que el sol se pasee por su seno y la Catedral, airosa y gallarda, las cobije con su prestigio, pero no las oculte con su sombra.»

Del fulgor vivísimo de los pensamientos del tribuno, recogimos al azar los que damos a continuación, porque seguirle se nos antoja una labor imposible.

«No será atrevida esta lección que debemos enseñar al pueblo: Hay que derribar las viviendas sórdidas y no por el afán

de destruir, sinó para que su alma se solace con las magnificencias del arte; porque el pan que se come desde un sitio sombrío es siempre negro.

Es tan fecundo el trabajo que, aunque no llegase el dinero para dar cima a las obras, estoy seguro que era capaz de señalarnos una mina de oro entre las piedras.

Pero lo que intenta hacer el Dr. Cerviño, este señor Obispo que es un asombro de bondad y de sabiduría, es una rehabilitación. Un desagravio a los agregios artistas que plasmaron ahí su inspiración. Los redime del secular abandono y la terrible impericia, abriendo la gran puerta, para que la soberbia musa se pasease por la calle.

Ahora sí que no podemos detenernos un momento más. ¡Seríamos cómplices de un delito de escarnio al culto y de befa al arte, que es otro culto!

A los pueblos no pueden ponerse obstáculos en los caminos que conducen a la belleza, porque tiene tal fuerza de atracción la sublimidad del foco, que él, por sí solo, sería capaz de dar al traste con la barrera.

Este Prelado venturoso que, además de descubrirnos las bellezas portentosas de la obra, entrega generosamente sus ahorros para que el Pórtico del Paraíso resplandezca y para que gane en ornato el pueblo, es el buen Pastor que cuida celosamente el aprisco y hermosea la casa de Dios. Su báculo es un cayado dulce y su amatista tiene el fulgor de los altos cielos.

Palacios cree que, una vez realizada la obra, la Catedral de Orense será uno de los primeros templos del mundo. ¡Ahí es nada! ¡Una vacilación sería un delito de lesa rango!

Tener sepultada la belleza cuando la belleza fué creada por un artista para dar culto a Dios, es un sacrilegio.

¡Señor: yo no quiero morir, sin que mis ojos se impregnen en el espectáculo de tanta belleza! ¡Se me figuraría que me iba a la tumba, dejando un tesoro enterrado al final de la calle de las Tiendas!

¡No hay dinero! ¿Pero es que el pan del espíritu no es tan necesario como el otro pan? ¿Y qué diríais, si mañana no hubiese pan en la ciudad?

Ya podeis decir a los obreros en este invierno, que nos mandó

un anticipo con su trágica otoñada: Ya teneis pan para el cuerpo y deleite para el espíritu. ¡Y yo no sé de un programa de acción social más espléndido!

Demoler, para que entre el aire sobre lo vetusto, en un noble afán renovador, que equivale a no querer morir nunca, ya es algo considerable. Pero demoler, para dar vista a lo maravillosamente perfecto, no es demoler. ¡Es plantar ojos en nuestras frentes para que contemplen absortos lo sublime!

¡Esas casas tristes y sombrías, que hay que derribar, ni toda la edificación de la ciudad, no valen lo que vale una archivolta grácil del templo esbeltísimo.

Cambiará la fisonomía de la ciudad, pero que no sientan turbación los amantes de lo típico. ¡Conservaremos el sabor de barrio y encima no tendremos desterrado al sol, que es la salud en su categoría universal!

¡Y no nos engañemos! Nosotros no somos más que un país de turismo. En ese aspecto, sí que nuestra fanfarria puede abrazarse a todas las hipérboles. Galicia, en turismo, debía ser la primera tierra del mundo.

Lo más triste es que aun hoy nos hayamos dado cuenta de que las puertas se hacen para entrar y salir por ellas. Y las suntuosas y monumentales para que las atravesen los grandes señores. ¡Pueblo querido: este gran Obispo, apóstol de la caridad en una tierra donde todos los prelados tuvieron esta virtud de un modo ardentísimo, nos hizo a todos próceres!

Y en este empeño, van unidos el Arte y la Fé. ¡Y yo no sé, señores, de un festín mejor para el espíritu!

Tenía que ser este gran Obispo gallego el que había de ofrecer a la capital de su diócesis este horizonte nuevo para nuestros espíritus. El caso, por lo insólito, diríase que es un lienzo de aquellos tiempos en que los Prelados, al partir para el viaje final, cerraban su Pontificado, envueltos en olor de Santidad. Porque esta idea del venerable Dr. Cerviño es el pensamiento de un santo y el reflejo de un artista genial.

Ahora mismo, al esparcirse su hermosa voz por estas naves llenas de magnificencia, la evangélica unción del insigne predicador daba a su figura, siempre respetable, el tono fulgurante de su caridad inextinguible. ¡Y eran de escucharse aquellos párra-

fos inspiradísimos, verdaderamente magistrales que sintetizaban su anhelo y que expresaban lo emocionante del momento, como si el Obispo santo, el Obispo bueno, fuese el anciano Simeón que no quisiera morir sin ver realizado su ensueño!

Cuando oía al Prelado entonar un himno a la tierra, se me figuraba que el país, al conjuro de su palabra elocuentísima, acudía agradecido a recibir la bendición de sus manos venerables y que aquí, ante Dios que nos escucha, se renovaban nuestros votos para trabajar unidos por un Orense grande.

Y habló Palacios, ese cerebro portentoso que en menesteres de arte es nuestra primer jerarquía, y me pareció que un soplo milenario acariciaba nuestras frentes y que los cinceles misteriosos esculpían figuras de milagro, mientras las proyecciones animadas nos daban la impresión de las resurrecciones estupendas. Pero cuando el mago de la Arquitectura afirmó con modestia inaudita, que bien merecía nuestro país que el se entregase gratuitamente a la labor de dirigir las gigantescas obras, en gracia a la enorme deuda de haberle hecho gallego, todos hemos sentido cosquilleos en los ojos, y hasta se nos entojó que el orgullo racial deshojaba su ternura, para ofrecerla por entero a la tierra donde nacimos.

Y la voz augusta y serena de ese anciano, que se llama don Marcelo Macías, resonó como en sus tiempos mozos. La frescura de su entendimiento y lo limpio de su decir fascinador arremeten briosos contra la imperceptible curva que pretende en vano señalarle la tumba. Maestro de varias generaciones no morirá nunca, por que la tierra podrá devorar algún día su cuerpo, recio aún, para gala de todos, pero sus lecciones inolvidables, sus libros inmortales y sus discursos lapidarios, quedarán eternamente señalando al pensamiento orensano rutas de sorprendente grandeza. Yo sentí hoy, como un halago melancólico y lejano, el calor de su palabra prodigiosa, y creí por un momento que de nuevo en aquella Cátedra de Lireratura, donde se abrieron mis ojos a la belleza, esa alma prócer de D. Marcelo, sentado en su silla de profesor, se desgranaba el idioma para arrobarnos dulcemente.

Pero este acto, aquí, tan cerca de Dios, y donde nuestros propósitos pueden elevarse al rango de votos, está refrendado por

todo Galicia. Desde esta tribuna que la majestad de este templo nimba con resplandores sagrados, estoy viendo a gentes de las otras tres provincias hermanas y reparo, para que la emoción se acerque al pavor, por el relieve extraordinario de esta enorme masa que escucha, que entre nuestras autoridades, que han asistido entusiasmadas y alegres a esta solemnidad sin precedentes, se halla un hombre que parece encarnar las inquietudes patrióticas del momento: He nombrado a D. Daniel de la Sota. Pues bien; ya que la obra genial que va a realizarse funde de consuno esas dos nobilísimas vibraciones del espíritu que se llama Religión y Patria, que el Sr. La Sota obre a manera de notario mayor de la tierra, para que dé fe de nuestro entusiasmo y registre el denuedo de nuestra voluntad.

Esa obra condensa nuestros ideales de localidad con singularísima exaltación. El arte, con fulgores que parecían apagados para siempre, se desbordará majestuoso para que la torratera ofrezca constantemente las irisaciones de su inspiración. La casa de Dios, que es el templo que ahora nos cobija, verá multiplicada su belleza y los cultos recobrarán el prestigio que en edades remotísimas hicieron de esta iglesia una basílica que rimaba con la de Compostela. Y la ciudad, este hogar abigarradamente dulce que es pueblo de Orense con la arrogancia encendida del sol que alumbrará los parajes hoy sombríos, pasará, de un salto, a ser la urbe más riente de Galicia.

Y terminó con un canto al consorcio del Arte y la Fe, en sus sutiles expresiones de inspiración y oración, para sintetizar su discurso, con un viva al Prelado que fué contestado con fervido entusiasmo y con una nutrida salva de aplausos para la venerable figura del doctor Cerviño.



Juicios de la Prensa

«Día de solemnidad espléndida fué el de ayer. La Catedral, nuestro querido y venerado templo, en trance de restauración y embellecimiento, veíase invadida por una muchedumbre ávida de presenciar un acto solemnísimo en los anales de la historia del Episcopado orensano: El doctor Cerviño, Prelado insigne de la diócesis, quería mostrar a sus fieles muy amados el proyecto grandioso que su caridad y amor al pueblo han concebido, y que ese genio del arte y de la ciencia, que se llama Antonio Palacios, ha desarrollado de una forma tan magistral, como sólo él sabe hacerlo.

Estrechos, reducidos los amplios ámbitos ante el gentío, daban una sensación de magnificencia, como jamás recordamos; era un espectáculo consolador y reconfortante...

La venerable figura del doctor Cerviño, noble, erguida, pedía al pueblo, a este pueblo que él tanto ama, el apoyo para un proyecto que aquél siente tanto como su pastor, maravillosa compenetración tan escasas veces lograda.

Tras él, ese cerebro gigante, honra de la raza, que se llama Antonio Palacios, asombró al auditorio, con su fe, con su inteligencia y con su arte.

Don Marcelo Macías y don Basilio Alvarez, altísimas figuras intelectuales del clero orensano, cerraron aquel maravilloso torneo, y todos de consuno unidos como un sólo hombre al señor Obispo de la diócesis, salieron anoche de la S. I. Catedral, decididos a que el magno proyecto que aquél con tanto entusiasmo añora y desea para su pueblo sea pronto una fecunda y espléndida realidad.

La Zarpa hace fervientes votos para que así sea.»

(De *La Zarpa*, de Orense).

«Ante la enorme expectación que había por escuchar la conferencia que el ilustre arquitecto gallego D. Antonio Palacios había anunciado para la tarde de ayer, las amplias naves del Rosario se llenaron completamente.

Allí se había levantado un amplio estrado, desde el cual hablarían los oradores, y junto a aquél se colocaron dos mesas

cubiertas de damasco rojo para la Prensa, sobre las que se instalaron brazos con lámparas eléctricas en rojo.

En bancos de terciopelo que se colocaron en primer término, ocuparon asiento el Ilmo. Sr. Obispo, Dr. D. Florencio CerViño, quien tenía a su derecha al Gobernador Sr. Rodríguez Carril y a su izquierda al Alcalde Sr. Ginzo Soto.

Los otros puestos estaban ocupados por el Presidente del Comité provincial de Unión Patriótica Sr. Salgado Biempica, el Presidente de la Audiencia Sr. Pomares, el Delegado de Hacienda Sr. Caramés, el Presidente de la Diputación Sr. Rodríguez Soto, los Diputados provinciales Sres. Muñiz, Ferreiro y Bobillo, el Presidente de la Diputación de Pontevedra Sr. La Sota, los Tenientes de Alcalde Sres. Soria, Rodríguez, Heredia y Perille, y los Concejales Sres. Cid, García Pérez, Román, Bouzo y Camba, con el Secretario de la Corporación Sr. Coleman.

El Juez Sr. Seco, el Delegado Regio de Bellas Artes D. Marcelo Macías, el Penitenciario Sr. Fernández, el Provisor Sr. Bugallo, el Doctoral Sr. Gozalo, el Lectoral Sr. Labayen, el señor Rodríguez Lorenzo, el Canónigo Sr. Iglesias, el Director del Hospital Sr. Ascarza, el Juez municipal Sr. Pérez Serantes, el Presidente de la Cámara de Comercio Sr. Zarauza y el Secretario Sr. Serantes.

En otros bancos se veían distinguidas personas y representaciones de todos los organismos y entidades de la ciudad.

En el centro de la nave se colocó un aparato de proyecciones y tras la mesa de los oradores la pantalla.

El Cabildo estaba en su totalidad. El Provisor de la Diócesis M. I. Dr. D. Diego Bugallo, el Lectoral Sr. Labayen y el Doctoral Sr. Gozalo, hicieron los honores en nombre del Cabildo con la exquisitez en ellos acostumbrada, mereciendo por parte de la Prensa nuestra gratitud por sus atenciones.»

(De *La Región*, de Orense).

«Una de las mayores riquezas arquitectónicas con que cuenta Galicia, es la catedral de Orense. Y de este templo, que tantas bellezas encierra, es el mayor ornato, el Pórtico de la Gloria o del Paraíso.

Este pórtico maravilloso, se halla hoy cubierto a la vista exterior, por una portalada, tal y como le ocurre al de Santiago. Pero no es solo eso: la entrada del Obradoiro de la Basílica Compostelana, tiene ante sí una soberbia plaza: la entrada a la catedral orensana por el Pórtico del Paraíso, está situada sobre una estrecha calle.

De modo que aun cuando se descubriera, rasgando la antedicha portalada, nunca podría el famoso Pórtico ser admirado a la distancia adecuada, ni aquella fachada de la catedral podría lucir, como no luce hoy, todo lo que debe, por la serie de edificaciones particulares que actúan ante ella de obscuro mamparo.

¿Cómo solucionar este problema? El ilustre prelado que hoy rige la diócesis orensana, ha ideado para ello un magno proyecto, y el insigne arquitecto gallego Antonio Palacios ha resuelto técnicamente y de manera genial, la concepción del doctor Cerviño.

Consiste ello en abrir una plaza ante la fachada aquélla de la Catedral, derribando unas cuantas casas, viejas en su mayor parte, sin inutilizar la calle que hoy corre a los pies del Pórtico de la Gloria o del Paraíso.

La forma en que todo ello quedaría después de ejecutadas las correspondientes obras, está admirablemente desarrollada en un croquis presentado por el propio Palacios al doctor Cerviño, y puede resumirse en las siguientes líneas:

Se expropiarían y demolerían tres casas de la calle de las Tiendas, cuatro de la de Arcedianos y dos de la del Instituto.

Se abriría la puerta del Oeste de la Catedral, y desde ella hasta el lado opuesto de la calle de las Tiendas, se tendería una especie de puente, bajo el cual seguiría la referida calle.

Del puente se descendería a la proyectada plaza, por una amplia escalinata, con tramos a derecha e izquierda, para descender a la calle de las Tiendas.

La plaza tendría, al frente la soberbia fachada del Oeste de la catedral, y al otro extremo, el edificio que ocupa el Liceo Recreo, verdadero palacio que sería también ornato de aquel vasto espacio.

En el centro de la plaza, una fuente, y al rededor, un paseo cubierto. Y esto es, en síntesis, la reforma proyectada, por lo que se refiere al exterior de la catedral orensana.

En el interior del majestuoso templo, también el doctor Cerviño proyecta reformas importantes.

El prelado orensano, como es bien sabido, une a su virtud innegable, un talento de todos conocido y una admiración sin límites por las riquezas que atesora su diócesis. Y como recuerdo de su paso por ella, desea que esa obra quede hecha, para que la belleza del Pórtico del Paraíso, pueda ser admirada en lo sucesivo en toda su grandeza.

Claro está que todo esto significa gastos cuantiosos. Pero el señor Cerviño quiere contribuir a ellos con una parte no pequeña, en beneficio de la capital de su diócesis.

Y como, en efecto, ésta es la que saldrá beneficiada, desea que su Municipio y hasta la Diputación provincial contribuyan también a ello.

Y lo harán, ciertamente, pues que la urbanización de Orense ganará extraordinariamente con esas reformas, no sólo por la construcción de la plaza, sino porque las viejas casas que haya necesidad de derribar, serán muy pronto sustituidas por nuevas edificaciones, en otras vías de la ciudad, como ocurre siempre que se acometen derribos de tal naturaleza.

* * *

Ahora bien: ¿está justificada la reforma que se proyecta, por razones de estética, de arte, históricas o arqueológicas? Por todo.

Por estética, bien demostrado queda, y nadie que conozca Orense podrá negarlo. ¿Por las otras razones? No seamos nosotros quien hable. Venga el testimonio del propio arquitecto, gloria de nuestra provincia, Antonio Palacios. Y conste que al apearle el tratamiento, queremos significar que no lo necesita para nada un nombre como ese, ya enaltecido de por sí.

.....
Pues bien, esta obra magnífica que la Fe y el Arte de los siglos pretéritos nos legaron, podrá lucir en todo su esplendor, si el pueblo de Orense se decide a llevar a cabo la idea concebida por su ilustre Prelado, colaborando con él en esa reforma, que no se sabe cómo no se ha realizado ya.

Dentro de algunos días, el insigne Palacios, explanará en una conferencia que dará a los orensanos, cómo se propone él

desarrollar el proyecto iniciado por el sabio doctor Cerviño. Su palabra tendrá acentos de convicción, saturaciones de acendrado galleguismo. Sus razonamientos estarán basados en sus grandes conocimientos arquitectónicos. Sus conclusiones serán las de un verdadero convencido. Definitivas.

Nosotros no vacilamos en calificar, anticipadamente, de memorable esa conferencia del amigo querido, del artista genial. Y lo será, sin duda, porque tras de ella, inmediatamente caerá sobre los viejos edificios destinados a la demolición, el primer golpe de la piqueta que luego sea reemplazada por el pico, el martillo y la paleta del constructor de las nuevas obras de la futura Plaza, de que las generaciones venideras de orensanos, habrán de mostrarse orgullosísimas.» (Del *Faro de Vigo*).

«El grandioso proyecto concebido por el celoso e ilustre obispo de Orense, doctor Cerviño, verdadero enamorado de la Fe y del Arte, pronto será una realidad que embellecerá la augusta Catedral orensana y descubrirá la gallarda y soberana arquitectura del Pórtico de la Gloria, gemelo del esculpido por el mago escultor Mateo en la Basílica compostelana.

El grandioso templo de la ciudad de las Burgas, con la expropiación de las casas que circundan la entrada monumental e impiden contemplar con amplio horizonte las inapreciables filigranas de su arquitectura, orgullo de pasadas generaciones y devoción de las presentes.

El dignísimo Prelado de la Sede auriense, está dispuesto a todos los sacrificios por llevar a feliz término el estudio que trazó el genial arquitecto señor Palacios.

Excede la reforma proyectada de un millón de pesetas, pues hay que expropiar nueve casas, de las calles de las Tiendas, Arcedianos y Lamas Carvajal.

Con la demolición de esas fincas urbanas, queda ante la monumental puerta del Oeste de la Catedral una grandiosa plaza, desde la cual y por dos amplias escalinatas se facilitará el acceso al famoso Pórtico de la Gloria, que, pleno de espacio y luz, hará resaltar su magnificencia arqueológica y estética.

.....

La Catedral de Orense constituye una de las mayores riquezas arquitectónicas de Galicia.

El Ideal Gallego, amante del progreso y enaltecimiento de la región en todos los sectores de su actividad, se congratula del magno proyecto, que no sólo redundará ventajosamente en realzar la estética de la basílica orensana, sinó que embellecerá el aspecto de la ciudad, dotándola de una hermosa plaza que completará su progresiva y moderna urbanización.

Felicitemos al dignísimo Prelado, doctor Cerviño, hijo predilecto de Galicia y entusiasta iniciador y propulsor de la grandiosa obra.»

(De *El Ideal Gallego*, de la Coruña).

«La privilegiada diócesis auriense pone en sus gloriosos anales, como un acto de escrupulosa justicia, los relevantes méritos del sabio y virtuoso prelado que actualmente la rige, el doctor Cerviño González.

La modestia, que es innata en el obispo Cerviño, siéntese herida con estas alabanzas que brotan espontáneas con la lozanía de la sinceridad y la oportunidad del momento; pero el proyecto obliga honradamente al elogio. Al lado de ilustres predecesores y con semejanza de fundamento, la posteridad recibirá agradecida la venerable figura del obispo bondadoso e infatigable que esbozó el proyecto, asesorado por el arquitecto genial, y quiere se destaque por los fueros del arte y magnificencias del Divino Prisionero esa joya de los tiempos de la escuela de Mateo.

.....

Al despegarse los aditamentos ridículos de reformas casi irreformables; al caer por empuje de la piqueta salvadora esos sillares que hoy ciegan y afean la joya auriense; en ese desplegarse para consolidar la monumental fábrica de San Martín; al penetrar la luz, multiplicando la policromía del retablo: desde ese día, el nimbo de la gloria hará resaltar la venerable figura del maestro incomparable, del prelado amante, del sacerdote siempre edificante y del gallego preexcelso.»

(De *Galicia Social*, semanario de Vigo).

“La Catedral que resucita

Esta escondida, delicada y melancólica catedral de Orense, llena de gloriosa vejez y de bellezas medioevales, tiene para mí recuerdos grabados a fuego de juventud en el fondo del espíritu.

.....

Así, en glorioso desfile, pasaron ante el asombro de mis ojos las filigranas del retablo opulento y gracioso de Cornelis; los hierros de Celma, esbeltos y magníficos; las argénteas planchas del altar de Santa Eufemia; los sepulcros señoriales de Obispos y de sombras de Obispos escondidos entre la niebla del pasado; las tallas delicadísimas de Moure; los órganos del lego Fontanés, que no lo fué para llenar los ámbitos sagrados de dulces armonías; el místico recato de la antigua sala capitular, gótica y románica, sombrasa y escondida; las joyas del Tesoro de la Mitra; el Pórtico estupendo; y hasta los mismos desvanes polvorientos, los tejados y, en ellas, las dantescas carreras de los gatos en el solar altísimo del vértigo. Y en aquella capilla donde la devoción más íntima de Orense tiene una torre de marfil para sus ansias infinitas, la pálida faz del Cristo de las guedejas misteriosas, del hijo del mar de Finisterre, que, acaso porque conocía el furor de las olas de la costa, quiso venir a la montaña, donde también se agitan los mares de las luchas de la vida; a secar sobre muchos rostros doloridos las húmedas huellas del zarpazo de las olas de las lágrimas...

El cerebro de Antonio Palacios—a quien trataremos con familiaridad porque aún sabiéndole «nuestro» nos hace creer el egoísmo que empleándola le hace más «nuestro» todavía—el cerebro de Antonio Palacios es un molde donde parece que solo se encuentran a gusto las ideas gigantescas que deba realizar el brazo de los cíclopes. Predicándolas ha ido, en generosa peregrinación apostólica, por todas las rutas nobles de Galicia. Un día se detuvo sobre la ingente mancha azul que canta al pie de la estatua natural de las islas de los dioses, y dijo a Vigo cómo podía hacerse digno de la felicidad de haberse posado en el más bello remanso de las márgenes atlánticas. Otra vez trazó con su lápiz milagrero una ciudad riente, jardín y playa y factoría,

debajo de la rocosa cabeza celta del Barbanza. Subió después por las tierras miñotas hasta el corazón de la montaña. Y sus ojos y su genio y su sensibilidad hicieron un alto de meditación, precursora de un rasgo creador, en el nidal de virilidad, de recia poesía y de sereno galleguismo que una feliz imaginación llamó «Auria Bella».

Y aquí, dos cosas debieron exaltar ese espíritu de lucha contra la sin razón que inspira al arquitecto y al gallego: que la catedral esté encerrada entre miserables construcciones y que su Pórtico de la Gloria, su más grande joya pétreo, haya sido condenado a eterna sombra. Y como catedral y Pórtico son, para el Arte, todo Orense, era necesario decirle a la ciudad cómo era un crimen mantenerlas en esa húmeda y oscura celda de granito. Para esto concibió Palacios su proyecto.

No olvidemos que el Mediterráneo está desde hace miles de años descubierto. Atajemos la insensatez de la pluma si ésta pretendiese repetir lo que de modo doctoral se acaba de decir— para que el altavoz de la Prensa lo arrojase sobre los surcos del alma fecunda del país—desde la tribuna del creador y del maestro. Pero tengamos cuatro palabras para Orense.

Si Orense realiza la obra generosa y genialmente proyectada por Palacios, la ciudad habrá revolucionado sus formas exteriores y, por extraña paradoja, conservando la más antañón y típico que tiene, logrará módulos nuevos para la exhibición de sus bellezas. Palacios pretende encerrar una joya medioeval en un marco en que estos días digan cómo pueden asimilarse el esfuerzo y el gusto de otra época.

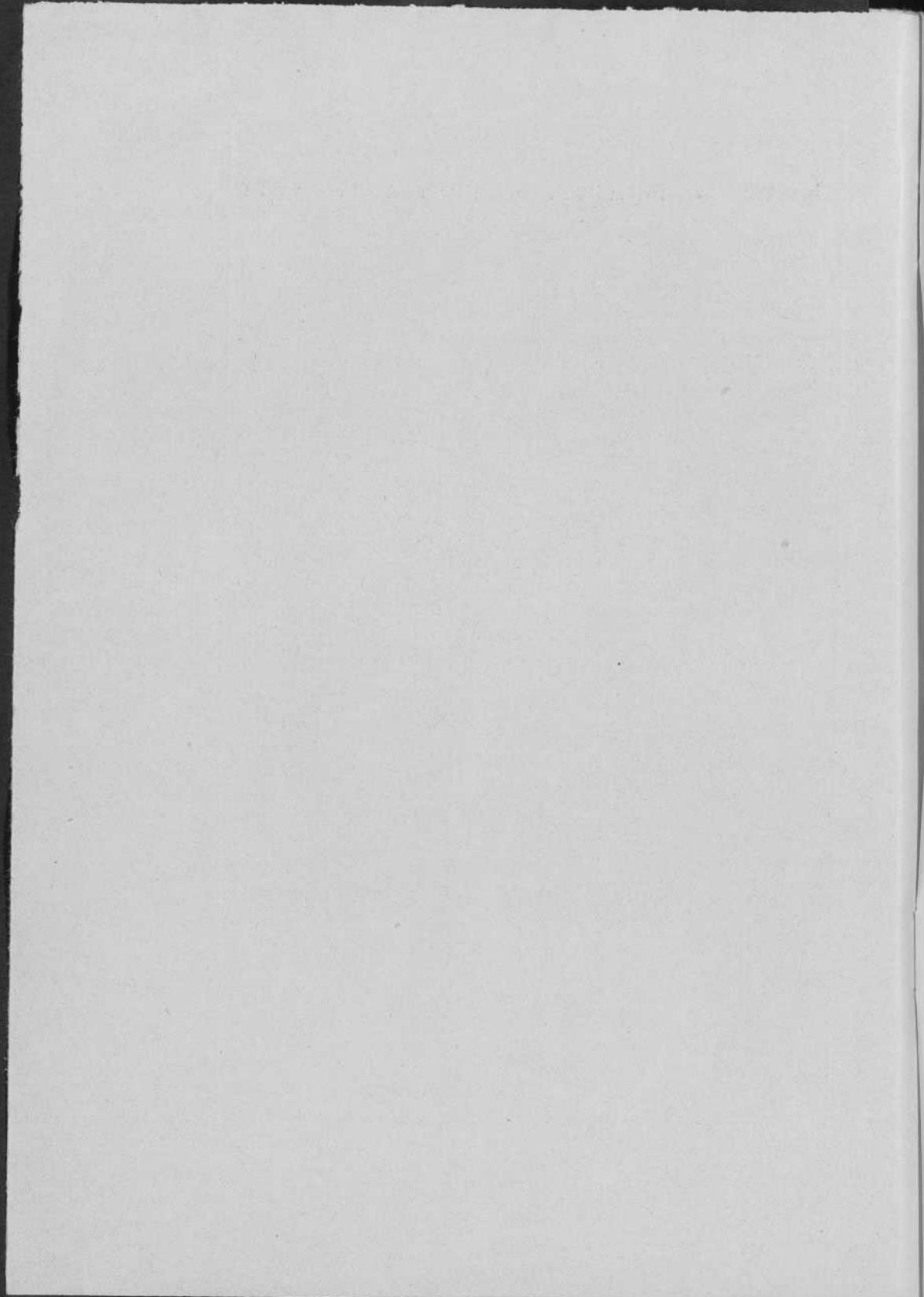
Todo desarrollo moderno va a caber dentro de la concepción soberbia del artista. Y Orense, sin separarse de su historia, de su prestigio y de sus joyas, podrá, cerca de ellas, crecer a la moderna. Sus necesidades de los siglos venideros vivirán desde ahora unidas a sus glorias y a sus recuerdos de los días antañones. Para eso, indudablemente, ideó Palacios la gran plaza: para poner a Orense, reconstruido en grande, sin que haya perdido su carácter, frente a su catedral, que con sus muros, sus esculturas, sus altares, sus sepulcros, sus lienzos, sus hierros y su orfebrería prodigiosa, es el más completo relicario y la más vibrante historia de todo su pasado.

Ejecutado el proyecto de Palacios, Orense podrá clavar en su estación ferroviaria el miliario más imperativo para los ojos del turismo.

La ocasión es admirable. Pocas veces habrá ocupado la silla pastoral en «Auria Bella» un hombre como el señor Cerviño, incapaz de asustarse ante el atrevimiento del proyecto. El Obispo de Orense supo anticiparse al tiempo y ver a su bella ciudad canónica hecha palacios y hecha admiración en torno de su iglesia. No le aterró la idea de rasgar los muros y de revolucionar las piedras de la vieja catedral. Y valiente, comprensivo y generoso, puso su tesoro al servicio de esa idea. No harían lo mismo, por poquedad de espíritu, por desdén del Arte o por apego al dinero, todos los obispos. El nombre de éste, solo por su actitud desprendida, sabia y valerosa, merece la gratitud eterna de Galicia.

Las leyes son favorables al desarrollo de la idea. El entusiasmo arde en el fondo de las almas que se han dado cuenta de la oportunidad transcendental de la magnificencia propugnada. Que siga ese fuego hecho brasa y deslumbrante resplandor hasta el día en que podamos ver el oro y la policromía del Pórtico, sabiamente restaurado, brillando a la poética luz del sol poniente; de ese sol que evocó Palacios en palabras de bárdica elegancia emocionada: el dulce y melancólico sol que parece hecho para besar las piedras milenarias en esa hora en que las almas tienen un momento de místico retorno a todas las grandes cosas bellas que pasaron...»

(De *Vida Gallega*, de Vigo).



Se nombra al ilustre arquitecto Sr. Palacios, Canónigo honorario de la Catedral de Orense

El domingo 7 de Octubre se reunió en sesión extraordinaria el Excmo. Cabildo de nuestra Catedral, acordando por unanimidad solicitar del Ilmo. Sr. Obispo el nombramiento de Canónigo honorario a favor del ilustre arquitecto don Antonio Palacios Ramilo.

Levantada la sesión, se trasladó el Cabildo al Palacio episcopal, haciendo presente al Prelado los grandes deseos de que aquel acuerdo fuese confirmado, como así fué en efecto, extendiéndose el siguiente título:

«NÓS EL DR. D. FLORENCIO CERVIÑO Y GONZÁLEZ,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE ORENSE, ETC., ETC.

Por cuanto nuestro Excmo. Cabildo Catedral, para demostrar su sincero agradecimiento al muy ilustre señor D. Antonio Palacios Ramilo, en sesión extraordinaria celebrada a este único fin, en el día de hoy, acordó por unanimidad solicitar de Nós el nombramiento de Canónigo honorario de nuestra Santa Iglesia Catedral a favor del mencionado insigne arquitecto, abundando Nós en los mismos sentimientos de reconocimiento y afecto hacia la persona de tan esclarecido artista y sabio, a quien Nós, nuestro Excmo. Cabildo Catedral y la ciudad y diócesis de Orense somos deudores de gratitud y reconocimiento imperecederos por la imponderable y meritísima labor que ha realizado y continúa realizando para llevar a feliz término el complemento y embellecimiento de nuestro primer templo, al que viene consagrando con singular desinterés y acendrado cariño su talento, trabajo y prestigio, queriendo darle una prueba del agradecimiento y afecto que Nós y nuestro Excelentísimo Cabildo Catedral le profesamos, por las presentes nombramos al muy ilustre señor D. Antonio Palacios Ramilo, Canónigo honorario de nuestra Santa Iglesia Catedral de San Martín de Orense, con todos los honores y privilegios que el

Derecho, Estatutos Capitulares y legítimas costumbres le conceden.

Por tanto, mandamos al Excmo. Sr. Deán y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral que le tengan y hagan tener por tal Canónigo honorario y le asignen en el coro la sede que le corresponda.

En nuestro Palacio episcopal de Orense, a siete de Octubre de mil novecientos veintiocho.

† FLORENCIO, OBISPO DE ORENSE.

Por mandado de S. S. Ilma. y Rvdma. el Obispo, mi Señor,

DR. MARTÍN FERNÁNDEZ,

Penitenciario, Secretario.

A las once y media de la mañana se trasladaron todos los señores Capitulares al Hotel de Roma para dar cuenta al señor Palacios del citado nombramiento.

El muy ilustre Sr. Deán, D. Anastasio Alonso Flórez, pronunció ante el Sr. Palacios frases elocuentes que eran expresión del agradecimiento que el Cabildo siente hacia tan ilustre arquitecto y cuyo nombramiento constituía para los señores Capitulares una gran satisfacción.

Luego dió lectura al citado título el muy ilustre Sr. Penitenciario Dr. D. Martín Fernández, pronunciando seguidamente el señor Palacios frases de gratitud ante tal distinción.

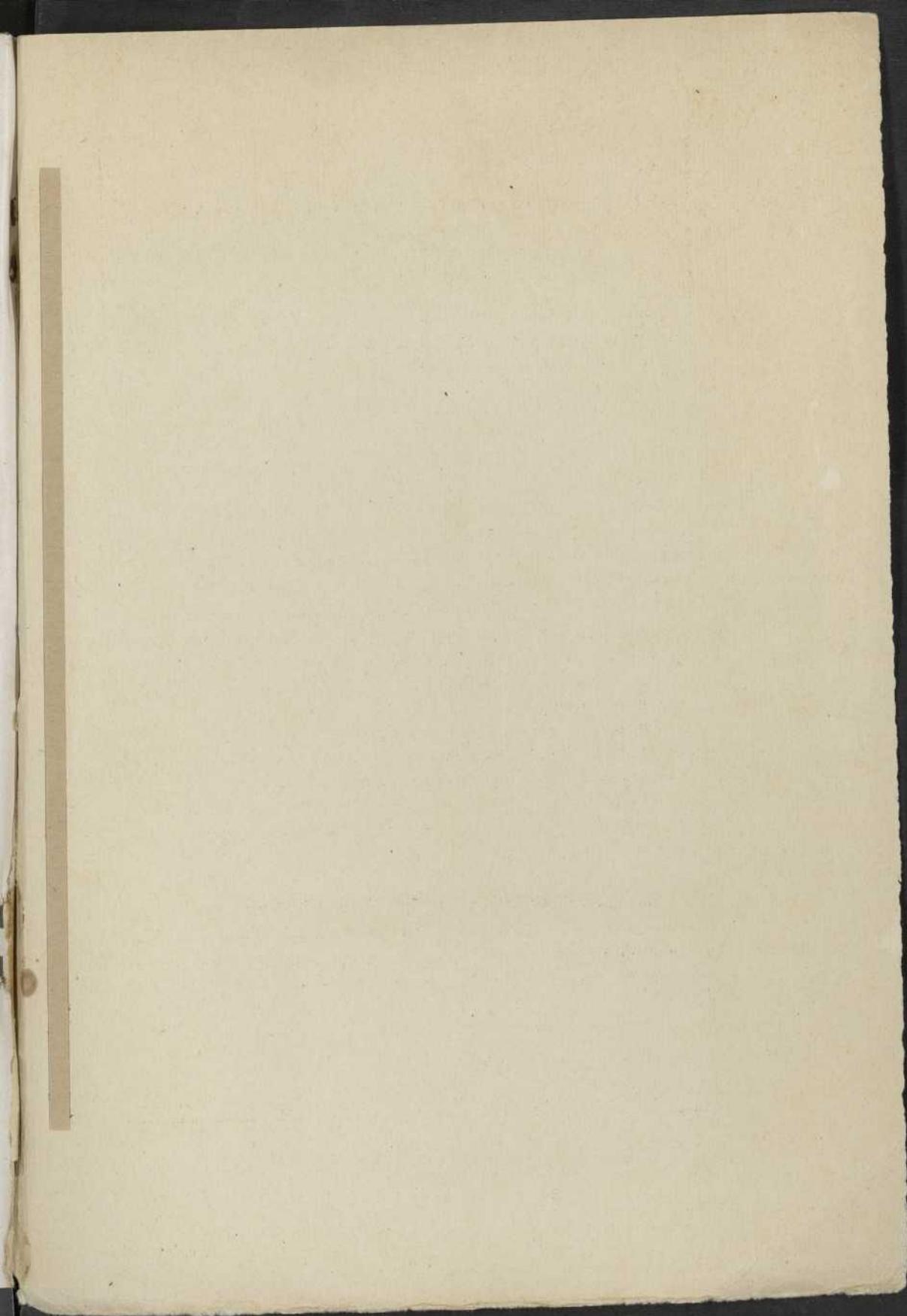
El Cabildo acordó además colocar un retrato del señor Palacios en la sala capitular, y hacer en pergamino o en plata repujada el citado nombramiento.

Voto de gracias a la Prensa

Acordó también el Excmo. Cabildo Catedral, y esto por unanimidad, hacer constar en acta un voto de gracias a la Prensa por la cooperación prestada a la realización del magno proyecto.

IMP. A. OTERO.—ORENSE





Sig.: C-1-821.738

Tít.: Boletín Oficial Eclesiástico de

Aut.:

Cód.: 107600

